KRISHNAMURTI



La llama de la atención



KRISHNAMURTI

LA LLAMA DE LA ATENCIÓN

Título de la obra en inglés:
The Flame of Attention

1
NUEVA DELHI

Me gustaría señalar que aquí no hacemos ninguna clase de propaganda a favor de tal o cual creencia, ideal u organización. Juntos estamos considerando lo que ocurre en el mundo que está fuera de nosotros, y lo hacemos no desde el punto de vista europeo o americano o desde algún determinado interés nacional. Vamos a observar juntos lo que realmente está sucediendo en el mundo. Estamos pensando juntos, pero no como si pensáramos igual. Existe una diferencia entre pensar igual y pensar juntos. Pensar igual implica que hemos arribado a alguna conclusión, a ciertas creencias, a ciertos conceptos. Pero pensar juntos es algo por completo diferente. Significa que ustedes y quien les habla tienen una responsabilidad: considerar objetivamente, de manera no personal, lo que está ocurriendo. De este modo estamos pensando juntos. El que les habla, aunque esté sentado en una plataforma por razones de conveniencia, no tiene autoridad alguna. Por favor, debemos ser muy claros sobre este punto. Él no está tratando de convencerlos acerca de nada. No les pide que lo sigan. No es el gurú de ustedes. No está defendiendo un sistema particular, una determinada filosofía. Juntos observamos esto como dos amigos que se conocen desde hace tiempo, y que se interesan no sólo en sus vidas privadas, sino que están mirando juntos este mundo que parece haber enloquecido.

Todo el mundo se está armando, gastando sumas increíbles con el fin de destruir a seres humanos, ya sea que vivan en América, Europa, Rusia o aquí. Ello está tomando un curso desastroso que no puede ser resuelto por los políticos. No podemos confiar en ellos; ni en los científicos, que compitiendo unos con otros, están ayudando a construir la tecnología militar. Tampoco podemos confiar en las llamadas religiones, que se han vuelto meramente verbales, repetitivas y en absoluto carentes de significado. Se han convertido en supersticiones que siguen una mera tradición, sea ésta de cinco mil o de dos mil años. De modo que no podemos fiarnos de los políticos que por todo el mundo están buscando mantener su posición, su poder, su status; ni de los científicos que cada año (o tal vez cada semana) inventan nuevas formas de destrucción. Y tampoco podemos acudir a religión alguna para que solucione este caos de la humanidad.

¿Cómo ha de proceder un ser humano? La crisis que vivimos, con toda la pobreza, la confusión, la anarquía, el desorden, el terrorismo y la permanente amenaza de una bomba en las calles, ¿es una crisis intelectual, económica o nacional? Al observar todo eso, ¿cuál es nuestra responsabilidad? ¿Les interesa lo que está sucediendo en el mundo? ¿O solamente se interesan en la propia salvación personal? Por favor, consideren todo esto muy seriamente, de modo que ustedes y quien les habla puedan observar con objetividad lo que ocurre, no sólo exteriormente, sino también en nuestra conciencia, en nuestro pensar, en la manera como vivimos, como actuamos. Si a ustedes no les interesa en absoluto lo que sucede en el mundo, y tan sólo les importa la salvación personal, si siguen ciertas creencias y supersticiones o andan detrás de los gurús, entonces me temo que será imposible que ustedes y quien les habla puedan comunicarse mutuamente. Tenemos que ser muy claros en este punto: no nos interesa en absoluto la privada salvación personal, sino que estamos interesados, honesta y seriamente, en lo que ha llegado a ser la mente humana, en lo que la humanidad está afrontando. Ello nos concierne como seres humanos, seres humanos que no llevan la etiqueta de ninguna nacionalidad particular. Nos interesa mirar este mundo y considerar lo que un ser humano que vive en este mundo ha de hacer, cuál es el papel que ha de desempeñar.

Cada mañana, en los diarios hay alguna clase de asesinato, atrocidades de bombas, destrucción, terrorismo, secuestros; ustedes leen eso todos los días y le conceden muy poca atención. Pero si eso les sucede personalmente, se hallan entonces en un estado de confusión, de desdicha, y piden a algún otro, al gobierno o al policía, que los salve, que les proteja. Y en este país, cuando uno mira -como el que les habla lo ha hecho por los últimos sesenta años observando todo el fenómeno que se desarrolla en esta infortunada región- cuando uno ve la pobreza que parece no poder resolverse jamás, la superpoblación, las diferencias idiomáticas (una comunidad deseando separarse de las demás), las diferencias religiosas, los gurús que se están volviendo inmensamente ricos, con sus aviones privados -cosa que ustedes aceptan ciegamente- uno ve entonces que son ustedes incapaces de hacer nada al respecto. Este es un hecho. Nosotros no estamos tratando aquí con ideas, tratamos con hechos, con lo que realmente ocurre.

Y, si hemos de observar juntos, tenemos que estar libres de nuestro nacionalismo. Nosotros, seres humanos, estamos relacionados unos con otros, dondequiera que vivamos. Por favor, compréndanlo, vean lo serio, lo urgente que es todo esto. Porque en este país la gente se está volviendo apática, por completo indiferente a lo que ocurre, absolutamente descuidada, preocupada sólo por su propia pequeña salvación, su pequeña felicidad.

Vivimos a base de pensamiento. ¿Cuál es la operación, o el proceso y el contenido del pensar? Todos los templos son el resultado del pensamiento; y todo cuanto ocurre en el interior de los templos -todas las imágenes, el puja, las ceremonias- son el resultado del pensamiento. Todos los libros sagrados -los Upanishads, el Gita, etc.- son el resultado del pensamiento, la expresión impresa del pensamiento con el fin de comunicar lo que algún otro ha experimentado o concebido. Y la palabra no es sagrada. Ningún libro en el mundo es sagrado, simplemente porque es el resultado del pensamiento humano. Le rendimos culto al pensamiento. A los intelectuales se les considera como seres aparte de ustedes y de mí, que no somos intelectuales. Se respetan sus conceptos, su intelecto. Se piensa que el intelecto resolverá nuestros problemas, pero eso no es posible, es como desarrollar un brazo fuera de proporción con el resto del cuerpo. Ni el intelecto, ni las emociones, ni el sentimentalismo romántico van a ayudarnos. Tenemos que enfrentarnos a las cosas como son, mirarlas muy detenidamente y ver la urgencia de hacer algo en lo inmediato, no dejarlo en manos del científico, del político y del intelectual.

Por lo tanto, en primer lugar consideremos lo que ha llegado a ser la conciencia humana, porque nuestra conciencia es lo que somos. Lo que ustedes piensan, lo que sienten, sus temores, sus placeres, sus ansiedades, la inseguridad que experimentan, la infelicidad, el abatimiento, el amor, el pesar, el sufrimiento y el miedo final a la muerte, son el contenido de la propia conciencia; ese contenido es lo que somos, es lo que hace de cada uno de nosotros el ser humano que es. A menos que comprendamos el contenido y vayamos más allá -de ser eso posible- no seremos capaces de actuar seria, básica y fundamentalmente a fin de producir una transformación, una mutación en esta conciencia.

Para descubrir cuál es la acción correcta, tenemos que comprender el contenido de nuestra conciencia. Si nuestra conciencia es confusa, insegura, si se halla bajo presión, empujada de un rincón a otro, de un estado a otro, entonces nos hallamos cada vez más confundidos, más y más llenos de incertidumbre, de inseguridad; y desde esa confusión no es posible actuar. Uno depende, entonces, de algún otro -cosa que el hombre ha estado haciendo por miles de años. Es de importancia fundamental producir orden en nosotros mismos; gracias a ese orden interno, habrá un orden externo. Siempre estamos buscando el orden externo. Deseamos que en el mundo haya un orden establecido por un gobierno fuerte o mediante dictaduras totalitarias. Todos queremos que se nos presione para que nos comportemos correctamente; si la presión se elimina, nos convertimos más o menos en lo que somos en la India actual. Se vuelve, pues, cada vez más urgente por parte de quienes somos serios y nos enfrentamos a esta crisis terrible, que descubramos por nosotros mismos la naturaleza de nuestra conciencia y liberemos a esa conciencia de su contenido, de manera que nos convirtamos en personas verdaderamente religiosas. Tal como está todo, no somos personas religiosas, nos estamos volviendo más y más materialistas.

Quien les habla no va a decirles cómo son ustedes, sino que juntos vamos a examinar qué somos en realidad y a descubrir si es posible transformar radicalmente eso que somos. Así que, en primer lugar, vamos a observar el contenido de nuestra conciencia. ¿Están siguiendo todo esto? ¿O están demasiado cansados al terminar el día? Todos los días, toda la semana se encuentran ustedes bajo presión -presión en el hogar, presión en el empleo, presión económica y religiosa, presión del gobierno y presión de los gurús que les imponen sus creencias, su necedad. Pero aquí no estamos bajo presión. Por favor, comprendan esto. Somos como dos amigos que discutimos juntos acerca de nuestras penas, nuestros agravios, nuestras ansiedades, nuestra incertidumbre e inseguridad, sobre cómo encontrar seguridad y estar libres de miedo, y si es posible o no, que nuestros sufrimientos terminen alguna vez. Eso es lo que nos interesa. Porque si no comprendemos eso y no lo miramos muy claramente, ocasionaremos más confusión en el mundo, más destrucción. Quizá todos nosotros seremos volatilizados por una bomba atómica. Tenemos, pues, que actuar urgentemente, seriamente, con la totalidad de nuestra mente y nuestro corazón. Esto es en verdad muy, muy importante, porque estamos enfrentándonos a una crisis tremenda.

Nosotros no hemos creado la naturaleza, los pájaros, los mares, los ríos, los hermosos cielos y los rápidos torrentes, no hemos creado al tigre, al árbol maravilloso. No los hemos creado -no es el momento de examinar cómo eso ha sucedido. Y estamos destruyendo los bosques, destruimos a los animales salvajes, cada año estamos matando a millones y millones de ellos -ciertas especies están desapareciendo. Nosotros no hemos creado la naturaleza -el ciervo, el lobo- pero el pensamiento ha creado todo lo demás. El pensamiento ha creado las maravillosas catedrales, los antiguos templos y mezquitas y las imágenes que en ellos se encuentran. Es el pensamiento el que ha creado estas imágenes en los templos, en las catedrales, en las iglesias, y también las inscripciones que hay en las mezquitas; después, ese mismo pensamiento rinde culto a aquello que ha creado.

¿El contenido de nuestra conciencia es, entonces, producido por el pensamiento, que ha llegado a adquirir tan extrema importancia en nuestras vidas? ¿Por qué el intelecto, la capacidad de inventar, de

escribir, de pensar, se ha vuelto tan importante? ¿Por qué el afecto, el cariño, la simpatía, el amor, no han llegado a ser más importantes que el pensamiento?

Así que, en primer lugar, examinaremos juntos qué es el pensar. La estructura de la psiquis se basa en el pensamiento. Tenemos que examinar qué es el pensar, qué es el pensamiento. Yo puedo ponerlo en palabras, pero ustedes han de verlo por sí mismos. No se trata de que quien les habla lo indique y después ustedes lo vean, sino que al discutirlo juntos, ustedes lo vean por sí mismos. A menos que comprendamos muy cuidadosamente qué es el pensar, no podremos entender, observar, percibir todo el contenido de nuestra conciencia, lo que somos cada uno de nosotros. Si no me comprendo a mí mismo, o sea, si no comprendo mi conciencia -por qué pienso de este modo, por qué me comporto así, mis temores, mis heridas psicológicas, mis ansiedades, mis diversas actitudes y convicciones-, entonces, cualquier cosa que haga traerá más confusión.

¿Qué es para ustedes el pensar? Cuando alguien les plantea un reto con esta pregunta, ¿qué responden? ¿Qué es el pensar y por qué piensan ustedes? Casi todos nosotros nos hemos vuelto personas de segunda mano; leemos muchísimo, vamos a una universidad y acumulamos una gran cantidad de conocimientos, de información que se deriva de lo que otras personas piensan o de lo que otros han hecho. Y nosotros citamos este conocimiento que hemos adquirido y lo comparamos con lo que se está diciendo. No hay nada original, sólo repetimos, repetimos, repetimos. Por lo tanto, cuando uno pregunta: ¿Qué es el pensamiento? ¿Qué es el pensar?, somos incapaces de responder. Vivimos y actuamos conforme a nuestro pensar. Tenemos este gobierno a causa de nuestro pensar, tenemos guerras a causa de nuestro pensar -todos los fusiles, los aviones, las granadas, las bombas, todo es el resultado de nuestro pensar. El pensamiento ha creado los prodigios de la cirugía, ha producido a los grandes técnicos y expertos, pero no hemos investigado qué es el pensar.

El pensar es un proceso que nace de la experiencia y el conocimiento. Escuchen esto tranquilamente, vean si ello no es verdadero, real; entonces lo descubren ustedes por sí mismos, como si quien les habla actuara a manera de un espejo en el cual ven exactamente lo que es sin distorsión alguna; después pueden tirar el espejo o romperlo. El pensar parte de la experiencia que se convierte en conocimiento, el cual se acumula como memoria en las células del cerebro; después, desde la memoria surgen el pensamiento y la acción. Tengan la bondad de ver esto por ustedes mismos, no repitan lo que digo. Esta secuencia es un hecho real: experiencia, conocimiento, memoria, pensamiento, acción. Entonces, de esa acción aprendemos más; existe, pues, un ciclo, y ésa es nuestra cadena.

Este es el modo en que vivimos. Y jamás hemos salido de este campo. Pueden ustedes llamarlo acción y reacción, pero nunca salimos de este campo -el campo de lo conocido. Ese es un hecho. Ahora bien, el contenido de nuestra conciencia es todas las cosas que genera el pensamiento. Yo puedo pensar... ¡oh! tantas cosas feas, puedo pensar que Dios reside en mí -lo cual es, nuevamente, el producto del pensamiento. Debemos tomar el contenido de nuestra conciencia y mirarlo. A casi todos nosotros nos lastiman desde la infancia, nos hieren no sólo en el hogar sino en la escuela, en el colegio, en la universidad -y más tarde nos sentimos lastimados en la vida. Y cuando uno se siente lastimado, construye un muro alrededor de sí mismo. Y la consecuencia de ello es que nos aislamos más y más, y cada vez estamos más alterados, más atemorizados y procuramos que no se nos lastime en el futuro. Las acciones que proceden de esa herida psicológica son obviamente, neuróticas. De modo que ése es uno de los contenidos de nuestra conciencia. Ahora bien, ¿qué es lo que en uno se siente lastimado? Cuando digo: "Estoy lastimado" -no físicamente, sino internamente, psicológicamente, en la psiquis- ¿qué es eso que se siente lastimado? ¿No es acaso la imagen, la representación que uno tiene de sí mismo? Todos tenemos imágenes de nosotros mismos, uno es un gran hombre, o un hombre muy humilde, uno es un gran político, con todo el orgullo, la vanidad, el poder, la posición que crea esa imagen que uno tiene acerca de sí mismo. Si poseemos un título de doctor o somos un ama de casa, tenemos la correspondiente imagen de nosotros mismos. Cada cual tiene una imagen de sí mismo, ése es un hecho irrefutable. El pensamiento ha creado esa imagen, y esa imagen es la que queda lastimada. ¿Es posible, entonces, no tener en absoluto ninguna imagen de sí mismo?

Cuando uno tiene esa imagen propia, crea una división entre uno mismo y el otro. Es importante comprender muy profundamente qué es la relación. Uno no está relacionado solamente con su mujer, su vecino, sus hijos, sino que está relacionado con toda la especie humana. La relación que tenemos con nuestra esposa, ¿es meramente sensoria, es una relación sexual? ¿Es una asociación romántica, conveniente? Ella cocina y uno va al empleo. Ella cría a los hijos y uno trabaja de la mañana a la noche durante cincuenta años hasta que se jubila. Y eso es lo que llamamos vivir. Por lo tanto, tenemos que averiguar cuidadosamente, con suma claridad, qué es la relación. Si nuestra relación se basa en la herida psicológica, entonces estamos utilizando al otro para escapar de esa herida. La relación que tenemos, ¿se basa en imágenes mutuas? Cada uno ha creado una imagen del otro; la relación se establece, entonces, entre dos imágenes que ha creado el pensamiento. De manera que uno se pregunta: El pensamiento, ¿es amor? ¿Es amor el deseo el placer?

Ustedes pueden decir que no y sacudir la cabeza, pero jamás lo averiguan realmente, jamás lo investigan a fondo.

¿Es posible que no haya conflicto alguno en la relación? Nosotros vivimos en conflicto de la mañana a la noche. ¿Por qué? ¿Forma ello parte de nuestra naturaleza? ¿O forma parte de nuestra tradición, de nuestra religión? Cada cual tiene una imagen de sí mismo; él tiene una imagen de sí mismo, y ella tiene la suya propia y muchas otras imágenes -su ambición, su deseo de ser una cosa u otra. Y también él tiene sus ambiciones, su afán de competir. Ambos corren paralelos, como dos vías férreas que nunca se encuentran, excepto quizás en la cama, pero jamás se encuentran en ningún otro nivel. ¡Qué tragedia se ha vuelto eso!

Es entonces muy importante que echemos una mirada a nuestras relaciones; no sólo a las relaciones íntimas, sino también a la relación que establecemos con el resto del mundo. El mundo exterior está todo correlacionado, uno no se halla separado del resto del mundo. Uno *es* el resto del mundo. Toda la gente sufre, padece grandes ansiedades, temores, se siente amenazada por la guerra, del mismo modo que cada uno de ustedes se siente amenazado por la guerra. Ellos están acumulando armamentos enormes para destruirse unos a otros, y ustedes jamás se dan cuenta de lo correlacionados que estamos unos con otros. Yo puedo ser un musulmán y usted puede ser un hindú; mi tradición dice: "Yo soy musulmán", -he sido programado como una computadora para repetir, "Yo soy musulmán"- y usted repite, "Yo soy hindú". ¿Comprenden lo que el pensamiento ha hecho? El resto del mundo es como ustedes, algo modificado, educado de manera diferente, con distintas modalidades superficiales, quizá más opulento o quizá no, pero con las mismas reacciones, los mismos afanes, las mismas ansiedades, los mismos temores.

Por favor, presten atención, pongan el corazón en ello a fin de descubrir qué relación tienen con el mundo, con el prójimo o con la esposa o el marido. Si esa relación se basa en imágenes, en representaciones mentales, en recuerdos, entonces inevitablemente habrá conflicto con la esposa, con el marido, con el musulmán, con el pakistaní, con el ruso -¿entienden? Y el contenido de nuestra conciencia es la herida psicológica que no hemos resuelto, que no ha sido completamente eliminada. Esa herida ha dejado cicatrices, y de esas cicatrices se originan diversas formas de temores que finalmente conducen al aislamiento. Cada uno de nosotros se encuentra aislado, aislado debido a las tradiciones religiosas, a la educación, a la idea de que uno debe triunfar, triunfar, triunfar para llegar a ser algo o alguien. Y también, más allá de la relación que establecemos con el otro, relación intima o de otra clase, estamos todos recíprocamente relacionados, ya sea que vivamos aquí o en cualquier otra parte del mundo. El mundo es cada uno de nosotros, y cada uno de nosotros es el mundo. Podemos tener un nombre diferente, una figura diferente, una clase diferente de educación, una posición diferente en la sociedad, pero internamente todos sufrimos, todos pasamos por grandes agonías, derramamos lágrimas, nos atemoriza la muerte y tenemos un gran sentimiento de inseguridad -carecemos en absoluto de amor o compasión.

¿De qué modo, pues, prestan ustedes atención a este hecho? O sea, ¿de qué modo escuchan lo que se está diciendo? Quien les habla sostiene que, en lo profundo, cada uno de nosotros es el resto de la humanidad; uno puede ser moreno, puede ser bajo, puede que vista saris, pero todo eso es superficial; en lo interno, tanto si soy americano, ruso o indio, la corriente es la misma. El movimiento de todos los seres humanos es similar. Por lo tanto, muy profundamente, cada uno de nosotros es el mundo, y el mundo es cada uno de nosotros. Uno tiene que comprender esta relación. Entiendan que estoy utilizando la palabra 'comprender' en el sentido de que uno debe ser capaz de observar esta relación y ver el hecho real que ella implica.

De esto surge, pues, la pregunta: ¿Cómo observan ustedes? ¿Cómo observan a la esposa, al marido, o al Primer Ministro? ¿Cómo miran un árbol? El arte de la observación tiene que aprenderse. ¿Cómo me observan a mí? ¿Cuál es la reacción que tienen? ¿Miran al que les habla pensando que él goza de una reputación? ¿Cuál es la reacción que experimentan cuando ven a un hombre como yo? ¿Están meramente satisfechos por la reputación que él tiene -que puede ser absurda, como generalmente lo es- por el modo en que él ha llegado a este lugar para dirigirse a tanta gente, porque lo consideran importante y quieren ver qué pueden obtener de él? Él no puede darles ningún empleo del gobierno, no puede darles dinero porque no tiene dinero. No puede darles ninguna clase de honores, ningún status, ninguna posición, ni puede guiarles o decirles qué deben hacer.

¿Cómo lo miran ustedes? ¿Han mirado a alguien libremente, abiertamente, sin ninguna palabra, sin ninguna imagen? ¿Han mirado así la belleza de un árbol, el aleteo de sus hojas? ¿Podemos, entonces, aprender juntos cómo observar? Uno no puede observar visualmente, ópticamente, si su mente se encuentra ocupada -tal como la mayoría de nuestras mentes lo está- con el articulo que uno ha de escribir al día siguiente, o con lo que ha de cocinar, o con el empleo, o con el sexo; o si está ocupada con el modo de meditar, o con lo que otras personas podrían decir. ¿Cómo puede una mente semejante, estando ocupada de la mañana a la noche, observar cosa alguna? Si estoy ocupado en llegar a ser un maestro carpintero, entonces tengo que conocer la

naturaleza de diversas maderas, tengo que conocer las herramientas y el modo de usarlas, debo estudiar la manera de hacer empalmes sin el empleo de clavos, y así sucesivamente. Por lo tanto, mi mente se encuentra ocupada. O, si soy una persona neurótica, mi mente está ocupada con el sexo, o con el llegar a obtener éxito en la política, o con alguna otra actividad. ¿Cómo puedo, entonces, observar estando ocupado? ¿Es posible no tener una mente tan ocupada todo el tiempo? Estoy ocupado cuando tengo que hablar, cuando tengo que escribir una cosa u otra, pero durante el resto del tiempo, ¿por qué mi mente tiene que hallarse ocupada?

Las computadoras pueden ser programadas, tal como estamos programados los seres humanos. Ellas pueden, por ejemplo, aprender, pensar más rápida y más exactamente que el hombre. Pueden jugar con un gran maestro de ajedrez. Después de ser vencido cuatro veces, el maestro derrota cuatro veces a la computadora, y a la quinta o sexta vez, la computadora triunfa sobre el maestro. La computadora puede hacer cosas extraordinarias. Ha sido programada, ¿entienden? Puede inventar, crear nuevas máquinas que serán capaces de realizar una programación mejor que la computadora anterior, o pueden crear una máquina que, por último, será 'inteligente'. ¿Qué va a suceder con el hombre cuando la computadora se haga cargo de toda la cosa? La Enciclopedia Británica puede registrarse en una pequeña ficha que contiene todo ese conocimiento. ¿Qué lugar tendrá entonces el conocimiento en la vida humana?

Nuestros cerebros se hallan ocupados, jamás están quietos. Para aprender cómo *observar* a nuestra esposa, a nuestro prójimo, a nuestro gobierno, cómo observar la brutalidad de la pobreza, los horrores de las guerras, tiene que haber libertad para observar. Sin embargo, nos oponemos a ser libres porque ello nos atemoriza, tenemos miedo de quedarnos solos.

Ustedes han oído a quien les habla; ¿qué han escuchado, qué han recogido -palabras, ideas que finalmente no tienen significado alguno? ¿Han visto por sí mismos la importancia de no ser lastimados jamás? Eso implica no tener jamás imagen alguna de uno mismo. ¿Han visto la importancia, la urgencia de comprender la relación y de tener una mente que no esté ocupada? Cuando no se encuentra ocupada, es extraordinariamente libre, percibe una gran belleza. Pero la mente vulgar y mezquina, la insignificante mente de segunda mano, está siempre ocupada con el conocimiento, ocupada en llegar a ser una cosa u otra, en formular preguntas, en discutir, argüir; jamás está quieta, jamás es una mente desocupada y libre. Cuando existe una mente así, desocupada, desde esa libertad adviene la suprema inteligencia -jamás lo hace desde el pensamiento.

31 de octubre de 1981

2
NUEVA DELHI

Antes de examinar el problema de la meditación debemos discutir, o compartir juntos -quizás ésa sea la palabra correcta- la importancia de la disciplina. Muy pocos en el mundo somos disciplinados, disciplinados en el sentido de estar aprendiendo. La palabra 'disciplina' se deriva de la palabra discípulo, el discípulo cuya mente está aprendiendo -no de una persona particular, o de un gurú, de un maestro, de un predicador, o por medio de los libros, sino que aprende a través de la observación de su propia mente, de su propio corazón; aprende de sus propias acciones. Y ese aprender requiere cierta disciplina, pero no el amoldamiento que, se sobreentiende exigen casi todas las disciplinas. Donde hay amoldamiento, obediencia e imitación, nunca existe el acto de aprender -hay meramente seguimiento. La disciplina implica aprender, aprender de la propia mente compleja que uno tiene, del vivir la existencia cotidiana, aprender acerca de la relación con el otro, aprender de tal manera que la mente sea siempre flexible, que esté siempre activa.

Para compartir juntos la naturaleza de la meditación uno debe comprender la naturaleza de la disciplina. La disciplina, como la entendemos comúnmente, implica conflicto; amoldarse a un patrón de conducta como un soldado, o ajustarse a un ideal, o someterse a determinada afirmación que contienen los libros sagrados, y así sucesivamente. Cuando hay sometimiento tiene que haber fricción y, por tanto, desgaste de energía. Si nuestra mente y nuestro corazón se hallan en conflicto, nunca puede existir la posibilidad de meditar. Examinaremos eso; no se trata de una mera declaración que ustedes han de aceptar o rechazar, sino de algo que vamos a investigar juntos.

Hemos vivido en conflicto por miles y miles de años, sometiéndonos, obedeciendo, imitando, repitiendo, de tal manera que nuestras mentes se han vuelto extraordinariamente torpes; nos hemos convertido en personas de segunda mano, siempre citando a algún otro, lo que el otro dijo o no dijo. Hemos perdido la capacidad, la energía para aprender de nuestras propias acciones. Somos nosotros los responsables por

nuestras propias acciones, lo somos totalmente -no la sociedad o el medio, ni tampoco los políticos- somos enteramente responsables por nuestras acciones y por el aprender que de ellas se deriva. En un aprender semejante descubrimos muchísimo, porque cada ser humano, en todas partes del mundo, contiene la historia de la humanidad. En cada uno de nosotros está la humanidad con sus ansiedades, sus temores, su soledad, su desesperación, su angustia y su dolor, toda esta compleja historia está en nosotros. Si ustedes saben cómo leer ese libro, entonces no tienen que leer ningún otro libro -excepto, por ejemplo, los libros técnicos. Pero nosotros somos negligentes -no diligentes- en aprender de nosotros mismos, de nuestras acciones, y es por eso que no vemos el hecho de que somos responsables por nuestras acciones, por lo que está ocurriendo en todo el mundo y por lo que sucede en este infortunado país.

Debemos poner orden en nuestra propia casa, porque nadie en la tierra o en el cielo va a hacerlo por nosotros, ni nuestros gurús, ni nuestros votos, ni nuestra devoción. La manera en que vivimos, en que pensamos, en que actuamos, es desordenada. ¿Cómo puede una mente que se halla en desorden, percibir aquello que es orden total -como el orden total que impera en el universo?

¿Qué relación tiene la belleza con una mente religiosa? Ustedes podrían preguntarse por qué todas las tradiciones religiosas y los rituales nunca se han referido a la belleza. Pero la comprensión de la belleza forma parte de la meditación, no la belleza de una mujer, de un hombre, o de un rostro -que tienen su propia belleza- sino la comprensión de la belleza misma, la verdadera esencia de la belleza. Casi todos los monjes, los sannyasis y las llamadas personas con inclinaciones religiosas, hacen caso omiso de esto y se vuelven insensibles hacia todo cuanto les rodea. Sucedió que cierta vez nos encontrábamos en los Himalayas con algunos amigos; había frente a nosotros un grupo de sannyasis que descendían por el sendero e iban cantando; en ningún momento miraban los árboles, jamás dirigían una mirada a la belleza de la tierra, a la belleza del cielo azul, a los pájaros, a las flores, a los ríos; estaban totalmente preocupados por su propia salvación, interesados en su propio entretenimiento. Y esa costumbre, esa tradición se ha venido prolongando por mil años. Un hombre que se supone religioso, debe rehuir, descartar toda belleza, y su vida se vuelve insulsa, monótona, carente de todo sentido estético; sin embargo, la belleza es uno de los deleites de la verdad.

Cuando damos un juguete a un niño que ha estado parloteando, haciendo travesuras, gritando, desobedeciendo, cuando le damos un juguete complicado a ese niño, queda totalmente absorto en el juguete, permanece quieto disfrutando de su mecanismo. El niño se concentra por completo, queda totalmente cautivado por ese juguete, el cual absorbe todas las travesuras. Y nosotros tenemos juguetes que nos absorben: los juguetes de los ideales, los juguetes de la creencia. Si ustedes adoran una imagen -de todas las imágenes de la tierra ninguna es sagrada, todas están hechas por la mente del hombre, por su pensamiento- entonces quedan absortos en la imagen, tal como el niño queda absorto en un juguete, y se vuelven extraordinariamente tranquilos y apacibles. Cuando vemos una montaña maravillosa cubierta de nieve contra el cielo azul, y los valles profundamente sombreados, esa inmensa grandeza y majestad nos absorben completamente; por un momento nos quedamos absolutamente silenciosos, porque la majestad de lo que vemos se apodera de nosotros, nos olvidamos de nosotros mismos. La belleza está donde 'uno' no está. La esencia de la belleza es la ausencia del yo. La esencia de la meditación consiste en investigar la abnegación del yo.

Para meditar se necesita una tremenda energía, y la fricción es un derroche de energía. Cuando en nuestra vida cotidiana hay mucha fricción, conflicto entre la gente, disgusto por el trabajo que hacemos, etc., existe un derroche de energía. Y para investigar esto realmente de una manera muy profunda -no superficial, no verbal- tenemos que penetrar bien a fondo en nosotros mismos, en la propia mente, y ver por qué vivimos como lo hacemos, siempre derrochando energías -porque la meditación es la liberación de la energía creadora.

La religión ha jugado un papel inmenso en la historia del hombre. Desde el principio de los tiempos éste ha luchado para encontrar la verdad. Y ahora, las religiones aceptadas del mundo moderno no son religiones en absoluto, son meramente la insustancial repetición de frases, galimatías y disparates, una forma de entretenimiento personal sin mayor significado. Todos los rituales, todos los dioses -especialmente en este país donde existen no sé cuántos miles de dioses- son una invención del pensamiento. Todos los rituales son un producto del pensamiento. Lo que el pensamiento crea no es sagrado; pero nosotros atribuimos a la imagen creada las cualidades que queremos que la imagen tenga. Y todo el tiempo, si bien de manera inconsciente, nos estamos adorando a nosotros mismos. Todos los rituales en los templos, los pujas, y todas las imágenes y prácticas de las iglesias cristianas han sido inventadas por el pensamiento. Y nosotros le rendimos culto a eso que ha inventado el pensamiento. Sólo vean la ironía, el engaño, la deshonestidad que esto implica.

Las religiones del mundo han perdido por completo su significación. Todos los intelectuales las rehuyen, escapan de ellas; por eso, cuando uno usa las palabras "mente religiosa" -tal como quien les habla lo hace con mucha frecuencia- ellos preguntan: "¿Por qué utiliza usted esa palabra 'religiosa'?" Etimológicamente no está muy claro cuál es la raíz de esa palabra. Originalmente significaba un estado del ser vinculado a aquello que

es noble, que tiene grandeza; y por eso uno tenía que vivir una vida diligente, escrupulosa, honesta. Pero todo eso ha desaparecido; hemos perdido nuestra integridad. Por lo tanto, si descartamos todo aquello en que han llegado a convertirse las actuales tradiciones religiosas con sus imágenes y sus símbolos, ¿qué es, entonces, la religión? Para descubrir qué es una mente religiosa, tenemos que descubrir qué es la verdad; la verdad no tiene senderos que conduzcan a ella. No hay sendero alguno. Cuando uno tiene compasión -la compasión es inteligencia- dará con aquello que es eternamente verdadero. Pero no existe una dirección; no hay capitán que nos dirija en este océano de la vida. Como ser humano, uno ha de descubrir esto. Uno no puede pertenecer a ningún culto, a ningún grupo, cualquiera que sea, si es que ha de dar con la verdad. La mente religiosa no pertenece a ninguna organización, a ningún grupo, a ninguna secta, y tiene la cualidad de una mente global.

La mente religiosa es una mente que se halla por completo libre de toda atadura, de cualquier clase de conclusiones o conceptos; sólo trata con lo que realmente *es*; no con lo que 'debería ser'. Es una mente que aborda, en todos los días de nuestra existencia cotidiana, lo que de hecho está sucediendo tanto interna como externamente, y comprende todo el complejo problema del vivir. La mente religiosa está libre de prejuicio, de tradición, de todo sentido de dirección. Para dar con la verdad uno necesita gran claridad de la mente, no una mente confusa.

Por lo tanto, habiendo puesto orden en la propia vida, examinemos lo que es la meditación -no 'cómo' meditar, ésa es una cuestión absurda. Cuando uno pregunta 'cómo', lo que desea es un sistema, un método, un esquema cuidadosamente trazado. Vean lo que sucede cuando uno sigue un método, un sistema. ¿Por qué deseamos un método, un sistema? Pensamos que el camino más fácil es seguir a alguno que dice: "Yo te diré cómo meditar", ¿no es así? Cuando alguien nos dice cómo meditar, esa persona no sabe qué es la meditación. El que dice, "Yo sé", no sabe. En primer lugar, uno tiene que ver lo destructivo que es un sistema de meditación, aunque se trate de una de las muchas formas de meditación que parecen haber sido inventadas para estipular cómo debe uno sentarse, cómo debe respirar, cómo debe hacer esto, aquello y lo de más allá. Porque si lo observamos, vemos que cuando uno practica algo repetidamente una y otra vez, la mente se vuelve mecánica. Ya es mecánica, y a eso todavía agregamos más rutina mecánica; así, poco a poco, nuestra mente se atrofia. Es como un pianista que continuamente practicara la nota equivocada; ninguna música resulta de ello. Cuando uno *ve* el hecho de que ningún sistema, ninguna práctica conducirá jamás a la verdad, entonces abandona todo eso por engañoso e innecesario.

Tenemos que investigar también todo el problema del control. Casi todos tratamos de controlar nuestras respuestas, nuestras reacciones, tratamos de reprimir o moldear nuestros deseos. En ello siempre están el que controla y lo controlado. Uno jamás se pregunta: ¿Quién es el que controla, y qué es aquello que uno está tratando de controlar en lo que suele llamarse meditación? ¿Quién es el que trata de controlar sus pensamientos, sus modos de pensar, etcétera? ¿Quién es el que controla? El que controla es, ciertamente, esa entidad que ha decidido practicar el método o sistema. Y bien, ¿quién es esa entidad? Esa entidad surge del pasado, es pensamiento -que se basa en la recompensa y el castigo.

Por lo tanto, el que controla pertenece al pasado y está tratando de controlar sus pensamientos; pero el que controla es lo controlado. Vean, todo esto es realmente muy sencillo. Cuando uno es envidioso, se separa a sí mismo de la envidia. Dice: "Yo debo controlar la envidia, debo reprimirla" -o bien la racionaliza. Pero uno no está separado de la envidia, uno es la envidia. La envidia no está separada de uno mismo. Y sin embargo, jugamos esta triquiñuela de intentar controlar la envidia como si fuera algo separado de nosotros. Por lo tanto, ¿pueden ustedes vivir una vida en la que no haya el más mínimo control? -lo que no significa complacerse en todo lo que uno desea. Por favor, formúlense a sí mismos esta pregunta: ¿Podemos vivir una vida -que al presente es tan desastrosa, tan mecánica, tan repetitiva- sin el más mínimo sentido del control? Eso sólo puede ocurrir cuando percibimos con total claridad, cuando prestamos atención a cada pensamiento que surge -no cuando meramente nos abandonamos al pensamiento. Cuando ustedes presten una atención así, tan completa, descubrirán que pueden vivir sin el conflicto que se origina en el control. ¿Saben lo que eso significa -tener una mente que ha comprendido el control y vive sin una sombra de conflicto? Significa completa libertad. Y uno debe tener esa completa libertad para dar con aquello que es eternamente verdadero.

También tenemos que comprender la diferencia cualitativa que existe entre la concentración y la atención. La mayoría de nosotros conoce la concentración. En la escuela, en el colegio, en la universidad aprendemos a concentrarnos. El niño mira hacia afuera por la ventana, y el maestro le dice: "¡Concéntrate en tu libro!" Y así aprendemos lo que eso significa. Concentrarse implica reunir toda nuestra energía para enfocarla en un punto determinado; pero el pensamiento se distrae, y así tenemos una perpetua batalla entre el deseo de concentrarnos, de poner toda nuestra energía en el acto de mirar una página, y la mente que divaga y que tratamos de controlar. Mientras que en la atención no hay control, no hay concentración. Es una atención completa, lo cual quiere decir que uno pone toda su energía, sus nervios, la capacidad, el poder del cerebro, el

corazón, todo, en el acto de atender. Es probable que nunca hayan prestado atención de una manera tan completa. Cuando lo hacen así, tan completamente, no hay registro ni acción alguna que provenga de la memoria. Cuando ustedes atienden, el cerebro no registra. Mientras que si se concentran, si hacen un esfuerzo, están siempre actuando desde la memoria como un disco de fonógrafo que se repite.

Comprendan la naturaleza de un cerebro que no necesita registrar, excepto lo imprescindible. Es indispensable registrar el lugar donde uno vive y las actividades prácticas de la existencia. Pero no es necesario registrar psicológicamente, internamente, el insulto, la alabanza y todo ese tipo de cosas. ¿Lo han intentado alguna vez? Probablemente todo esto sea nuevo para ustedes. Cuando atienden de este modo, el cerebro, la mente se libera por completo de todo su condicionamiento.

Todos somos esclavos de la tradición y pensamos que también somos totalmente distintos unos de otros. No lo somos. Todos sufrimos las mismas grandes desdichas, la misma infelicidad, todos derramamos lágrimas; todos somos *seres humanos*, no hindúes, musulmanes o rusos -esas son etiquetas que no tienen ningún significado. La mente tiene que ser totalmente libre. Ello significa que uno debe permanecer totalmente solo -¡y nosotros tenemos tanto miedo a permanecer solos!

La mente tiene que ser libre, totalmente silenciosa y no sometida a control alguno. Cuando la mente es por completo religiosa, no sólo es libre, sino que es capaz de investigar la naturaleza de la verdad, hacia la cual no existe gurú ni sendero alguno. Es sólo la mente religiosa, la mente libre, la que puede dar con aquello que está más allá del tiempo.

¿Han advertido ustedes -si es que se han observado a sí mismos- que la mente de uno está eternamente parloteando, ocupada perpetuamente con una cosa u otra? Si uno es un sannyasi, su mente está ocupada con Dios, con las plegarias, con esto y con aquello. Si se trata de una ama de casa, su mente se halla ocupada con lo que va a preparar para la próxima comida, cómo va a utilizar esto o lo otro. El hombre de negocios está ocupado con el comercio, el político, con los partidos, y el sacerdote está ocupado con sus propias tonterías. De modo que nuestras mentes están todo el tiempo ocupadas y carecen de espacio. Y el espacio es imprescindible.

El espacio implica también un vacío, un silencio que posee una energía inmensa. Ustedes pueden silenciar la mente tomando una droga, pueden disminuir la velocidad del pensamiento y hacer que se aquiete más y más, ingiriendo algún producto químico. Pero ese silencio se relaciona con la supresión del sonido. ¿Se han preguntado alguna vez qué implica tener una mente que, de manera natural, permanezca totalmente quieta, sin un solo movimiento, y que no registre sino aquellas cosas que son necesarias, de modo que nuestra psiquis, nuestra naturaleza interna se vuelva absolutamente silenciosa? ¿Han investigado eso? ¿O se encuentran meramente atrapados en la corriente de la tradición, en la corriente del trabajar y atormentarse por el mañana?

Donde hay silencio, hay espacio -no la distancia de un punto a otro, como habitualmente imaginamos al espacio. Donde hay silencio, no hay punto alguno sino sólo silencio. Y ese silencio tiene la extraordinaria energía del Universo.

El universo carece de causa; existe. Ese es un hecho científico. Pero nosotros, los seres humanos, estamos enredados en las causas. Por medio del análisis, ustedes pueden descubrir la causa de la pobreza que impera en este país o en los otros países; pueden encontrar la causa de la superpoblación, de la falta de control de la natalidad; pueden encontrar la causa de que los seres humanos se hayan dividido ellos mismos como sikhs, hindúes, musulmanes, etcétera. Pueden encontrar la causa de la ansiedad que les afecta, o la causa de que se sientan aislados en su soledad; pueden descubrir todas estas causas a través del análisis, pero jamás están libres de la causalidad en si. Todas nuestras acciones se basan en la recompensa o el castigo, por finamente sutiles que sean, lo cual constituye una causalidad. Para comprender el orden del universo, en el cual no existe causa alguna, ¿es posible vivir una vida cotidiana en la que tampoco exista ninguna causa? Ése es el orden supremo. De ese orden proviene nuestra energía creadora. La meditación consiste en liberar esa energía creadora.

Es extraordinariamente importante conocer y comprender la profundidad y belleza de la meditación. Desde tiempos inmemoriales, el hombre siempre ha estado preguntándose si existe algo más allá del pensamiento, más allá de las invenciones románticas, más allá del tiempo. Siempre se ha preguntado: ¿Hay algo más allá de este sufrimiento, más allá de las guerras, de la constante batalla entre los seres humanos? ¿Existe algo inmutable, sagrado, absolutamente puro, no contaminado por ningún pensamiento, por ninguna experiencia? Desde los tiempos antiguos, éste ha sido el interrogante de todas las personas serias. Para descubrir eso, para dar con ello, es imprescindible la meditación. No la meditación repetitiva; eso carece por completo de sentido. Cuando la mente se halla libre de todo conflicto, de cualquier afán del pensamiento, existe entonces una energía creadora que es auténticamente religiosa. Dar con esa energía que no tiene

principio ni fin, es la verdadera profundidad y belleza de la meditación. Ello requiere libertad con respecto a todo condicionamiento.

La completa seguridad está en la inteligencia compasiva -seguridad total. Pero nosotros deseamos seguridad en las ideas, en los conceptos, en los ideales; nos aferramos a esas cosas, ellas son nuestra seguridad -por falsas, por irracionales que sean. Donde hay compasión con su suprema inteligencia, hay seguridad -si es que uno busca la seguridad. En realidad, donde hay compasión, donde existe esa inteligencia, no hay problema alguno de seguridad.

De modo que existe una fuente, una causa original de la que surgen todas las cosas, y esa causa original no es la palabra. La palabra nunca es la cosa. Y la meditación consiste en dar con esa causa que es la fuente original de todas las cosas y que está totalmente libre del tiempo. Este es el camino de la meditación. Y bienaventurado es quien lo descubre.

8 de noviembre de 1981

3
BENARÉS

Quien les habla no está pronunciando una conferencia; no está persuadiéndolos de algo ni instruyéndolos. Ésta es una conversación entre dos amigos que sienten algún afecto, algún cariño el uno por el otro, que son incapaces de traicionarse mutuamente y que tienen ciertos intereses profundos en común. Por lo tanto, sentados bajo un árbol, están conversando amistosamente, con un sentimiento mutuo de honda comunicación; la mañana es encantadora y fresca, el rocío cubre los pastos, y ellos discuten juntos acerca de las complejidades de la vida. Ésa es la relación que existe entre ustedes y quien les habla; podemos no conocernos de hecho -somos demasiados- pero es como si estuviéramos paseando por un camino, mirando los árboles, los pájaros, las flores, respirando el perfume que impregna el aire, y discutiendo seriamente acerca de nuestras vidas. No de manera superficial o casual, sino muy interesados en resolver nuestros problemas. Quien les habla quiere decir exactamente lo que dice, no hace mera retórica, no intenta causar impresión; estamos abordando problemas de la vida que son demasiado serios para eso.

Habiendo establecido cierta comunicación entre nosotros -infortunadamente tiene que ser una comunicación verbal, pero entre líneas, entre el contenido de las palabras, si uno está por completo atento, hay una relación más honda, más profunda -tenemos que considerar la naturaleza de nuestros problemas. Todos tenemos problemas -sexuales, intelectuales, problemas de relación, los problemas que la humanidad ha creado a través de las guerras, del nacionalismo, de las llamadas religiones. ¿Qué es un problema? Un problema es algo que nos lanzan, algo que estamos obligados a afrontar, un reto, mayor o menor. Un problema que no hemos resuelto, exige de nosotros que le hagamos frente, que lo comprendamos, que lo solucionemos y actuemos en consecuencia. Un problema es algo que nos arrojan, a menudo de manera inesperada, tanto al nivel consciente como al inconsciente; es un desafío superficial o profundo.

¿Cómo abordamos un problema? La manera en que lo abordamos es más importante que el problema mismo. Generalmente, uno aborda un problema con temor o con el deseo de resolverlo, de trascenderlo, de luchar contra él, de evadirlo; o si no, lo descuida o lo tolera. El significado de esa palabra ‘abordar’ es el de llegar tan cerca como sea posible, aproximarse. Teniendo un problema, ¿cómo lo abordaremos? ¿Nos aproximaremos al problema muy de cerca, o escaparemos de él? ¿O tendremos el deseo de trascenderlo? En tanto uno tenga un motivo, el motivo dicta el modo en que abordaremos el problema.

Si uno no aborda un problema libremente, está siempre dirigiendo la solución conforme a su propio condicionamiento. Suponiendo que uno está condicionado para suprimir cierto problema, entonces el modo en que lo aborda también está condicionado, y el problema se distorsiona; mientras que si uno lo aborda sin motivo alguno y se aproxima mucho a él, entonces el problema mismo es la respuesta, una respuesta que no es algo que se halla fuera del problema.

Es muy importante ver cómo aborda uno un problema, ya sea un problema político, un problema religioso o un problema de relación intima. ¡Hay tantos problemas! Uno está cargado de problemas. Incluso la meditación llega a ser un problema. Jamás miramos realmente nuestros problemas. Sin embargo, ¿por qué debe uno vivir cargado de problemas? Los problemas que no hemos comprendido y disuelto, deforman toda nuestra vida. Importa mucho darse cuenta de cómo aborda uno un problema, observándolo y sin tratar de aplicarle una solución; o sea, viendo en el problema mismo la respuesta. Y eso depende de cómo uno lo

encara, de cómo lo mira. Cuando abordamos un problema, es muy importante que percibamos nuestro condicionamiento y nos liberemos de ese condicionamiento.

¿Qué es la percepción, qué es el ver? ¿Cómo ven ustedes ese árbol? Mírenlo por un momento. ¿Con qué visión lo ven? ¿Es solamente una observación óptica, un mero mirar el árbol con la reacción de los ojos, observando la forma, el contorno, la luz sobre el follaje? ¿O cuando observan un árbol, lo nombran diciendo: "Ese es un roble", y pasan de largo? Al nombrarlo, ya no están viendo el árbol -la palabra niega la cosa. ¿Pueden mirarlo sin la palabra?

¿Perciben, pues, el modo en que abordan el árbol, el modo en que lo miran? ¿Lo observan parcialmente, con un solo sentido, el sentido óptico? ¿O lo ven, lo escuchan, lo huelen, lo sienten, captan el dibujo, abarcan la totalidad del árbol? ¿O lo miran como si fueran diferentes de él? -por supuesto, cuando miran el árbol, ustedes no son el árbol. Pero, ¿pueden mirarlo sin una sola palabra, con todos los sentidos respondiendo a la totalidad de su belleza?

Así, la percepción significa no sólo observar con todos los sentidos, sino también ver, percibir si existe una división entre uno mismo y eso que uno observa. Probablemente nunca han pensado acerca de todo esto. Es importante comprenderlo, porque enseguida vamos a discutir la manera de abordar el temor y percibir todo cuanto el temor contiene. Es importante que nos demos cuenta de cómo abordamos esta carga que el hombre ha estado arrastrando por milenios. Es más fácil percibir algo exterior a nosotros, como un árbol, el río o el cielo azul, sin nombrarlo -solamente observándolo. Pero, ¿pueden observarse a sí mismos, mirar todo el contenido de la propia conciencia, el contenido total de la mente, mirar el propio ser, la forma en que caminan, sus pensamientos, sus sentimientos, sus depresiones, mirar de tal modo que no haya división alguna entre todo eso y uno mismo?

Si no hay división, no hay conflicto. Dondequiera que haya división, tiene que haber conflicto; ésa es una ley. ¿Hay, pues, una división en nosotros, como la que existe entre el observador y lo observado? Si el observador aborda el temor, la codicia o el dolor como si lo que tiene que resolver, suprimir, comprender o trascender, fuera algo diferente de él mismo, entonces intervienen en ello la división y todo el esfuerzo y la lucha consiguientes.

Entonces, ¿cómo abordan ustedes el temor? ¿Lo perciben sin ninguna distorsión, sin reacción alguna para escapar de él, para reprimirlo, explicarlo o aun analizarlo? Casi todos nosotros tenemos miedo de algo o de muchas cosas; uno puede tenerle miedo a su esposa o a su marido, puede sentir miedo de perder su empleo, de no tener seguridad en la vejez, miedo a la opinión pública -que es la más tonta forma del miedo- miedo a tantísimas cosas -la oscuridad, la muerte, etc. Y ahora nosotros vamos a examinar juntos, no qué es lo que nos causa temor, sino qué es el temor en si. No estamos considerando el objeto del temor, sino la naturaleza del temor, cómo éste surge, cómo uno lo aborda. ¿Hay algún motivo tras la manera en que abordamos el problema del temor? Es obvio que comúnmente tenemos un motivo: el motivo de trascenderlo, de reprimirlo, eludirlo o desdeñarlo. Y como hemos estado acostumbrados al temor la mayor parte de nuestra vida, lo toleramos. Si existe alguna clase de motivo, uno no puede ver claramente el temor, no puede aproximársele. Y cuando uno mira el temor, ¿considera que ese temor se halla separado de uno mismo, como si uno fuera alguien del exterior que mira hacia adentro, o alguien de adentro que mira hacia el exterior? Pero el temor, ¿es diferente de uno mismo? Obviamente no lo es, como tampoco lo es la ira. Sin embargo, la educación, la religión, hacen que uno se sienta separado del temor, y entonces debe uno combatirlo, superarlo. Nunca nos preguntamos si esa cosa llamada temor está realmente separada de uno mismo. No lo está; y al comprender eso, uno comprende que el observador es lo observado.

Supongamos que uno es envidioso. Puede pensar que la envidia es diferente de uno mismo, pero el hecho real es que uno forma parte de ella. Uno forma parte de la envidia, como forma parte de la codicia, de la ira, de la angustia, del sufrimiento; de modo que la angustia, el sufrimiento, la codicia, la envidia, la ansiedad o la soledad, son uno mismo. Uno es todo eso. Primero vean que lógicamente es así. Y viéndolo lógicamente, ¿convierten ustedes eso que ven en una abstracción, en una idea, en una mera apariencia del hecho? Uno hace una abstracción, se forma una idea de que tiene que escapar, por ejemplo, del temor, y entonces trabaja sobre la base de esa idea; y ello le impide a uno observar muy de cerca qué es el temor. Pero si no hacemos una abstracción, sino que vemos el temor como un hecho, entonces lo abordamos sin que en ello intervenga motivo alguno -observamos el temor como algo que no es diferente de nosotros mismos, comprendemos la combinación. O sea, que lo observamos como formando parte de nosotros, vemos que *somos* eso, que no hay división entre nosotros y eso. Por lo tanto, nuestra observación revela que el observador es lo observado, que lo observado no es diferente de uno mismo.

¿Qué es, entonces, el temor? Abordémoslo bien de cerca. Porque uno puede ver el temor claramente, sólo si se encuentra muy próximo a él. ¿Qué es el temor? ¿Es tiempo, como movimiento del pasado que se

modifica en el presente y continúa? Uno es el pasado, el presente y también el futuro. Somos el producto del pasado, mil años y más; también somos el presente con sus impresiones, sus actuales condiciones sociales, su clima actual... somos todo eso y también el futuro. Somos el pasado, que se modifica en el presente y continúa en el futuro; ése es el tiempo interno. Y también está el tiempo externo, el tiempo del reloj, de la salida y puesta del sol, la sucesión de la mañana, la tarde, la noche. Nos toma tiempo externo aprender un idioma, aprender la destreza para conducir un automóvil, para llegar a ser un carpintero, un ingeniero, e incluso un político. Exteriormente, existe el tiempo que se requiere para cubrir la distancia de aquí hasta allá; y también está el tiempo como esperanza, el tiempo interno. Uno espera llegar a ser no-violento -lo cual es absurdo. Espera progresar, o evitar el dolor o el castigo, espera obtener una recompensa. De modo que no sólo hay tiempo exteriormente, físicamente, sino que también hay tiempo internamente, psicológicamente. Uno no es esto, pero llegará a ser aquello -lo cual significa tiempo. El tiempo físico es real, está ahí, son las once o doce en este momento. Pero uno da por sentado que existe el tiempo interno, psicológico; o sea, "yo no soy bueno pero *seré* bueno". Nosotros ahora estamos cuestionando ese tiempo interno, ponemos en duda la necesidad de que haya semejante tiempo interno. Cuando el tiempo existe internamente, hay temor. Uno tiene un empleo, pero podría perder ese empleo -lo cual es el futuro, es tiempo. Uno ha sufrido, y espera que nunca sufrirá así otra vez. Ése es el recuerdo del dolor, y es la continuación de ese recuerdo en la esperanza de que no habrá dolor en el futuro.

Así que uno se pregunta: ¿El tiempo no forma parte del temor? ¿No es temor el tiempo interno? ¿Y no es otro factor de temor el pensamiento? Uno piensa en el dolor que experimentó la semana pasada y que ahora se halla registrado en el cerebro; piensa que ese dolor podría repetirse mañana. Existe, pues, la operación del pensamiento que dice: "He tenido ese dolor, espero no tenerlo de nuevo". De modo que el pensamiento y el tiempo forman parte del temor. El temor es un recuerdo, el cual es pensamiento, y también es tiempo, es el futuro. Estoy seguro ahora, podría no estar seguro mañana -aparece el temor. Por lo tanto, tiempo más pensamiento equivale a temor.

Ahora sólo vean la verdad de esto en ustedes mismos -no escuchando lo que dice quien les habla, para recordarlo y verbalizarlo. Vean realmente que se trata de un hecho, no de una abstracción a modo de idea. Son ustedes los que tienen que darse cuenta si al oír esto han formado una idea, si han hecho una abstracción de lo que han oído, convirtiéndolo en una idea, o si realmente están enfrentándose al hecho del temor -que es tiempo y pensamiento.

Es, entonces, importante el modo en que perciben ustedes el movimiento total del temor. O lo perciben negándolo, o lo perciben sin dividirlo como 'yo y el temor', perciben que *son* el temor y, en consecuencia, permanecen con ese temor.

Hay dos maneras de negar el temor: rechazándolo totalmente y diciendo, "Yo no tengo miedo" -lo cual es absurdo- o negándolo mediante la percepción de que el observador es lo observado, con lo cual hay no-acción. Normalmente, queremos negar el temor, negarlo en el sentido de superarlo, de destruirlo, de escapar de él, de encontrar alguna clase de consuelo contra el temor -son todas formas de negación; una negación así actúa sobre el temor. Luego existe una forma por completo diferente de negación, que es el principio de un movimiento nuevo en el cual el observador es lo observado, el temor soy 'yo'. El observador es el temor. Por lo tanto, él no puede hacer nada con respecto al temor; en consecuencia, hay una clase totalmente distinta de negación, que implica un principio por completo diferente. ¿Se han dado cuenta de que cuando actúan sobre el temor lo fortalecen? Escapar del temor, reprimirlo, analizarlo, encontrar la causa, es actuar sobre el temor. Uno trata de negar algo como si ese algo no fuera uno mismo. Pero cuando nos damos cuenta de que *somos* eso y que, por lo tanto, no podemos actuar ni hacer nada al respecto, entonces hay no-acción y tiene lugar un movimiento por completo diferente.

El placer, ¿es diferente del temor? ¿O el placer es temor? Son como dos caras de la misma moneda cuando uno comprende la naturaleza del placer, el cual también es tiempo y pensamiento. Uno ha experimentado algo muy bello en el pasado y eso se registró como un recuerdo. Entonces uno desea que ese placer se repita; lo mismo que cuando uno recuerda el temor de un suceso pasado y desea evitarlo. De modo que ambos son movimientos de la misma clase, aunque llamamos a uno placer y al otro temor.

¿Hay un cese para el sufrimiento? El hombre ha hecho todo lo posible para trascender el sufrimiento. Le ha rendido culto, ha escapado de él, lo ha sustentado en su corazón, ha tratado de buscar consuelo en el sufrimiento, ha perseguido la senda de la felicidad, se ha aferrado, se ha adherido a ella con el fin de evitar el sufrimiento. Aun así, el hombre ha sufrido, los seres humanos han sufrido en todo el mundo a través de los tiempos. Han tenido diez mil guerras -piensen en los hombres y mujeres que fueron mutilados y muertos, en las lágrimas que se derramaron, en la agonía de las madres, de las esposas y de todas esas personas que han

perdido a sus hijos, a sus maridos, a sus amigos, por motivo de las guerras que se han estado sucediendo milenios tras milenios y que todavía continúan, multiplicando armamentos en vasta escala.

Existe este inmenso dolor de la humanidad. El hombre pobre que marcha por ese camino, jamás conocerá un buen cuarto de baño, ni tendrá ropas limpias, ni viajará en avión; todos los placeres que uno tiene, él jamás los conocerá. Y está el dolor de un hombre que es muy ilustrado y el del hombre que no es ilustrado. Está el dolor de la ignorancia; y está el dolor de la soledad. Casi todos conocen el dolor de esa soledad; pueden tener muchos amigos, muchísimos conocimientos, pero igualmente son personas muy solitarias. Si ustedes son bien conscientes de sí mismos, saben lo que es esa soledad -una sensación de total aislamiento. Uno puede tener esposa, hijos, muchísimos amigos, pero llega un día o un acontecimiento que nos hace sentir totalmente aislados, solos. Ese es un dolor tremendo. Luego está el dolor de la muerte, el dolor por alguien que hemos perdido. Y está el dolor que ha ido aumentando, acumulándose a través de milenios de existencia humana.

Y también está el dolor del propio deterioro personal, de la pérdida personal, de nuestra personal falta de inteligencia, de capacidad. Y nos preguntamos si ese dolor puede terminarse alguna vez. ¿O es que debe uno nacer con el dolor y morir con el dolor? Desde el punto de vista lógico, racional, intelectual, podemos encontrar muchas causas para el dolor; están todas las innumerables explicaciones del budismo, del hinduismo, del cristianismo o del Islam. Pero a pesar de las explicaciones, de las causas, de las autoridades que buscan justificar todo esto, el dolor sigue acompañándonos siempre. ¿Es, entonces, posible terminar con ese dolor? Porque si el dolor no se termina, no hay amor, no hay compasión. Hemos de investigar esto muy profundamente y ver si el dolor puede cesar alguna vez.

Quien les habla sostiene que *hay* un cese para el dolor, un cese total; lo cual no significa que uno carezca de afecto, que sea duro o indiferente. El cese del dolor, del sufrimiento, implica el comienzo del amor. Y ustedes, naturalmente, preguntarán: ¿Cómo? ¿Cómo ha de cesar el dolor? Cuando preguntan "¿cómo?", lo que desean es un sistema, un método, un proceso. Por ese motivo es que piden: "Dígame cómo lograrlo. Seguiré la senda, el camino". Desean una dirección cuando preguntan: ¿Cómo he de terminar con el dolor?" Esa pregunta, ese requerimiento, esa indagación dice: "Muéstreme cómo hacerlo".

Cuando ustedes preguntan "cómo", están formulando la pregunta incorrecta -si se me permite señalarlo- porque sólo se interesan en vencer al dolor. La manera en que lo abordan es: "Díganos cómo superarlo". Y así jamás se acercan realmente al dolor. Si uno quiere mirar ese árbol, debe aproximarse a él para ver su belleza, la sombra, el color de las hojas, si tiene o no tiene flores -uno tiene que acercarse al árbol. Pero ustedes jamás se acercan al dolor. Jamás se acercan porque siempre lo eluden, escapan de él. Así que el modo en que abordan el dolor tiene mucha importancia; o lo abordan con el motivo de escapar de él, de buscar consuelo en él y evitarlo, o lo abordan acercándose al dolor lo más posible. Descubran ustedes si se acercan de este modo al dolor. No pueden acercarse mucho al dolor si hay autocompasión o si existe de alguna manera el deseo de encontrar la causa, la explicación; en ese caso lo eluden. Importa, pues, muchísimo el modo como aborda uno el dolor, cómo se acerca a él y cómo lo ve, cómo percibe el dolor.

¿Es la palabra 'dolor' la que a uno le hace sentir dolor? ¿O es un hecho? Y si es un hecho, ¿desea uno acercarse a él de modo tal que uno *sea* el dolor? Uno no es diferente del dolor. Eso es lo primero que hay que ver -que uno no es diferente del dolor. Uno *es* el dolor. Uno es la ansiedad, la soledad, el placer, la angustia, el miedo, la sensación de aislamiento. Uno es todo eso. Por lo tanto, se acerca lo más que puede a eso, uno *es* eso y, en consecuencia, permanece con eso.

Cuando queremos mirar ese árbol, nos acercamos a él, observamos cada detalle, nos tomamos tiempo. Miramos, miramos, miramos, y el árbol nos revela toda su belleza. No le contamos al árbol nuestra historia; si lo observamos, él nos la cuenta a nosotros. Del mismo modo, si nos acercamos al dolor hasta tocarlo, si lo miramos, si no escapamos de él, si vemos lo que trata de revelarnos -su profundidad, su belleza, su inmensidad- entonces, si permanecemos con el dolor enteramente, con ese solo movimiento el dolor llega a su fin. ¡No recuerden meramente esto para después repetirlo! Eso es lo que acostumbran hacer los cerebros de ustedes: memorizan lo que ha dicho quien les habla y luego preguntan: "¿Cómo llevaré eso a la práctica?" Debido a que uno es el dolor, es todo eso y, por consiguiente, no puede escapar de sí mismo. Uno mira el dolor, y no hay división entre el observador y lo observado -uno *es* eso, no hay división. Cuando no hay división, uno permanece totalmente con el dolor. Ello requiere muchísima atención, una gran intensidad y claridad, la claridad de la mente que ve instantáneamente la verdad.

Entonces, desde ese fin del sufrimiento, llega el amor. Me pregunto si ustedes aman alguna cosa. ¿La aman? ¿Aman algo o a alguien? ¿A la esposa, a los hijos, a lo que llaman su país; aman la tierra, aman la belleza de un árbol, la belleza de una persona? ¿O son tan terriblemente egocéntricos que jamás perciben nada en absoluto? El amor trae la compasión. La compasión no consiste en realizar algún trabajo social. La

compasión posee su propia inteligencia. Pero ustedes no conocen nada de eso. Todo cuanto conocen son sus deseos, sus ambiciones, sus engaños, su deshonestidad.

Cuando se les formulan preguntas muy profundas que deberían estimularlos, se vuelven ustedes negligentes. Cuando yo les formulo una pregunta de esa clase -si aman a alguien- sus rostros quedan sin expresión, vacías. Y éste es el resultado de la religión que profesan, de la devoción que sienten hacia sus absurdos gurús, hacia sus líderes -devoción no, lo que pasa es que tienen miedo y por eso se vuelven seguidores. Y al final de todos estos milenios, son ustedes lo que son ahora -¡piensen solamente en la tragedia que ello implica! Esa es la tragedia de ustedes, ¿comprenden? Por lo tanto, pregúntense a sí mismos -si se me permite sugerirlo como un amigo que camina con ustedes a lo largo de ese sendero- pregúntense: ¿Sabemos lo que el amor significa? El amor que no pide nada al otro. Pregúntenselo a sí mismos. El amor que no reclama nada de la esposa, del marido -nada le reclama al otro, ni física ni emocional ni intelectualmente. No sigue a otro, no tiene un concepto para luego perseguir ese concepto. Porque el amor no es celos, el amor no tiene poder en el sentido corriente de la palabra. El amor no busca posición, status, prestigio. Pero posee su propia capacidad, su propia destreza, su propia inteligencia.

26 de noviembre de 1981

4
MADRÁS

Ayer estuvimos hablando acerca del conflicto. Dijimos que los seres humanos han vivido durante milenios en esta hermosa tierra, con todos los inmensos tesoros que contiene -sus montañas, sus ríos y lagos; y no obstante, hemos estado viviendo en perpetuo conflicto. No sólo en conflicto externo con el medio, con la naturaleza, con el prójimo, sino también internamente, 'espiritualmente' como suele decirse. Y aún seguimos en constante conflicto, nos hemos acostumbrado a él, lo toleramos. Encontramos múltiples razones para justificar por qué debemos vivir en conflicto; pensamos que el conflicto, la lucha, el eterno batallar implican progreso -avance externo o logro interno- hacia la meta más alta. Hay tantas formas de conflicto: el hombre que lucha para obtener algún resultado, el hombre que lucha con la naturaleza tratando de conquistarla, etc.

¡A lo que hemos reducido este mundo! Un mundo de tanta belleza, con sus encantadoras colinas, sus montañas maravillosas, sus formidables reos... Después de tres mil años de sufrimiento humano, de humano batallar, obedecer, aceptar, destruirnos unos a otros, a esto lo hemos reducido: a una selva de seres humanos bárbaros e irreflexivos, que no cuidan la tierra ni las cosas magnificas que hay en la tierra, la belleza de un lago, de un estanque, o la rauda corriente de un río; a nadie parece importarle. Todo lo que nos interesa son nuestros propios pequeños yoes, nuestros propios pequeños problemas; y esto después de tres o cinco mil años de lo que llamamos cultura.

Esta tarde vamos a encararnos con hechos. La vida se ha vuelto extraordinariamente peligrosa, insegura, carente por completo de significación. Podemos inventar un gran número de propósitos, de significados, pero la real vida cotidiana, sea que la vivamos por treinta, cuarenta o cien años, ha perdido toda su significación -excepto para acumular dinero, ser 'alguien', adquirir poder y así sucesivamente. Me temo que esto tiene que decirse.

Ningún político, ni forma alguna de política, sea de la izquierda, de la derecha o del centro, va a resolver ni uno solo de nuestros problemas. Los políticos no se interesan en resolver problemas; sólo se interesan en ellos mismos y en conservar su posición. Y los gurús y las religiones han traicionado al hombre. Ustedes han leído inútilmente los Upanishads, los Brahmasutras, el Bhagavad Gita. Es el juego de los gurús leerlos en voz alta a auditorios que se suponen iluminados, inteligentes. Ustedes no pueden confiar en los políticos, en los gobiernos, ni pueden depender de las escrituras sagradas, ni de algún gurú, cualquiera que sea, porque ellos han hecho de este país lo que ahora es. Si siguen buscando nuevos líderes, estos también van a conducirlos por el mal camino. Y, como nadie puede ayudarles, nadie, ustedes tienen que ser totalmente responsables de sí mismos -responsables de su conducta, de su comportamiento, de sus acciones.

Es necesario e importante descubrir si podemos vivir sin ningún conflicto en nuestra vida, tanto interna como externamente. Debemos preguntarnos por qué, después de todos estos milenios, los seres humanos no han resuelto el problema del conflicto en sí mismos y en la relación de unos con otros. Esta es una pregunta muy importante que debemos formularnos: ¿Por qué nos rendimos y sucumbimos ante el conflicto que implica la lucha por llegar a ser -o no llegar a ser- algo o alguien, la lucha para obtener un resultado, para alcanzar progreso personal, éxito personal, para satisfacer algunos de nuestros deseos, el conflicto de la guerra, de los

preparativos para la guerra -de los cuales puede que no estén ustedes conscientes? Está el conflicto entre hombre y mujer, tanto sexualmente como en sus relaciones cotidianas. Por lo visto, este conflicto se desarrolla no sólo en el nivel consciente, sino también en lo profundo, en los propios escondrijos de la psiquis.

Hay conflicto en la presunción, en tratar de ser algo que uno no es, y está el conflicto que existe en tratar de alcanzar el cielo, de llegar a Dios o como gusten llamar a esa cosa que adoran y a la que rinden culto; hay conflicto en la meditación, en esforzarse por meditar, en luchar contra la apatía, la indolencia. Nuestra vida, desde el principio mismo, desde el momento en que nacemos hasta que morimos, es un conflicto perpetuo.

Tenemos que descubrir juntos por qué el hombre, cada uno de nosotros como ser humano que representa a todo el mundo, ha tolerado el conflicto, lo ha soportado y se ha habituado a él. Estamos considerando juntos muy seriamente si es posible estar por completo libres de todo conflicto; porque el conflicto, sea consciente o inconscientemente, produce por fuerza una sociedad que es una extensión de nosotros mismos, una sociedad en conflicto. La sociedad no es una abstracción, no es una idea; la sociedad es la relación entre hombre y hombre. Si esa relación está en conflicto, si implica sufrimiento, depresión y ansiedad, entonces creamos una sociedad que nos representa. Este es un hecho. La idea de sociedad, *la idea*, no es la sociedad real. La sociedad es lo que somos el uno con respecto al otro. Y la pregunta que nos formulamos es: ¿Puede alguna vez llegar a su fin este conflicto?

¿Qué es el conflicto? Cuando no aceptamos los hechos, lo que realmente es, cuando escapamos hacia algo llamado un ideal -el opuesto de 'lo que es'- entonces el conflicto es inevitable. Cuando uno es incapaz de mirar y observar lo que realmente está haciendo y pensando, entonces evade lo que es y proyecta un ideal; en consecuencia, hay conflicto entre 'lo que es' y 'lo que debería ser'.

No estoy hablando para mi propia satisfacción sino para comunicarles, si son ustedes serios, que existe una manera de vivir en la que no hay ninguna clase de conflicto. Si se interesan en esto, si realmente les importa, si desean encontrar un modo de vivir en que no exista ese sentido de esfuerzo inútil, entonces, por favor, presten cuidadosa atención no a lo que dice quien les habla, sino al hecho, a la verdad de lo que se expresa, de modo que ello sea la propia observación de ustedes. Uno no está haciendo notar algo, sino que estamos mirando juntos. Para quien les habla, de nada sirve dirigirse sólo a rostros vacíos o a personas aburridas. Ya que se han tomado la molestia de venir hasta aquí y sentarse bajo estos bellos árboles, entonces pongan atención, porque estamos considerando juntos cuestiones muy serias.

Decíamos que el conflicto existe cuando, haciendo caso omiso de lo que realmente ocurre, traducimos lo que ocurre en términos de un ideal -de lo que 'debería ser'- cuando transformamos el hecho en un concepto que hemos aceptado o que nosotros mismos hemos creado. Por lo tanto, cuando existe esta división entre 'lo que es' y 'lo que debería ser', tiene que haber conflicto, es inevitable. Esta es una ley -no una ley de quien les habla, sino que es una ley. Vamos, pues, a investigar por qué los seres humanos nunca se han enfrentado a 'lo que es' y siempre han estado intentando escapar de ello.

En este país se ha estado hablando siempre de la no-violencia. La no-violencia se ha predicado una y otra y otra vez, políticamente, religiosamente, por medio de diversos líderes que ustedes han tenido -la no-violencia. La no-violencia no es un hecho; es tan sólo una idea, una teoría, un conjunto de palabras. El hecho real es que ustedes *son* violentos. Ése es el hecho, 'lo que es'. Pero como somos incapaces de comprender 'lo que es', hemos creado esta cosa absurda llamada no-violencia. Y ello da origen al conflicto entre 'lo que es' y 'lo que debería ser'. Todo ese tiempo en que persiguen la no-violencia, están ustedes sembrando las semillas de la violencia. ¡Esto es tan obvio! ¿Podemos, pues, mirar juntos y sin ningún tipo de escape, 'lo que es', mirarlo sin ninguna clase de ideales, sin reprimirlo ni evadirlo? Por herencia que hemos recibido del animal -del mono, etc.- somos violentos. La violencia adopta muchas formas, no sólo la acción brutal, el golpearse unos a otros. La violencia es un asunto muy complejo; incluye la imitación, la conformidad, la obediencia; existe cuando uno pretende ser lo que no es.

Somos violentos. Ese es un hecho. Nos encolerizamos, nos amoldamos, imitamos, seguimos a otros, somos agresivos; y la agresión toma muchas formas -está la agresividad fina, cortés, de guante blanco, que nos persuade por medio del afecto. Esa es una forma de violencia; obligar a otros a que sigan un determinado curso de pensamiento, es violencia. También es violencia aceptarnos a nosotros mismos como algo que no somos. Comprendan que la violencia no sólo consiste en encolerizarse o en golpearse unos a otros -ésa es una forma muy superficial de violencia. La violencia es muy, muy compleja, y para comprenderla, para penetrar en sus más recónditas profundidades, tenemos que ver primero el hecho, y no afirmar meramente: "Deberíamos ser no-violentos".

Sólo existe 'lo que es', o sea, la violencia. La no-violencia no es un hecho, no es una realidad; es una proyección del pensamiento para escapar de la violencia o para aceptarla pretendiendo que nos estamos

volviendo no-violentos. ¿Podemos, pues, mirar la violencia libres de todo eso, libres del escape, libres de los ideales, de la represión, y observar realmente lo que la violencia es?

Tenemos entonces que aprender juntos cómo observar. En esta investigación no hay autoridad alguna, porque cuando la mente de ustedes está mutilada por la autoridad -como lo está- es muy difícil ser libres y, por tanto, hallarse capacitados para mirar la violencia. Es importante comprender cómo observar, observar lo que está sucediendo en el mundo -la desdicha, la confusión, la hipocresía, la falta de integridad, las acciones brutales que tienen lugar, el terrorismo, la toma de rehenes y los gurús que tienen sus propios campos de concentración. Por favor, no se rían, ustedes forman parte de todo eso, que es violencia. ¿Cómo puede alguien decir: "Yo sé, síganme"? Esa es una afirmación ignominiosa.

De modo que nos preguntamos: ¿Qué es observar? ¿Qué es observar el medio que nos rodea, los árboles, el estanque que vemos en aquel extremo y que se ha puesto tan bello este año, las estrellas, la luna nueva, el solitario Venus, el lucero de la tarde, la gloria de una puesta de sol? ¿Cómo observan ustedes tal belleza, si es que alguna vez la han observado siquiera? No pueden contemplarla, observarla, si se hallan ocupados consigo mismos, con sus propios problemas, con sus propias ideas, con el propio complejo pensar. No pueden observar si tienen prejuicios o si hay alguna clase de conclusión o alguna experiencia particular a la que se aferran -es imposible. Por lo tanto, ¿cómo observan un árbol, esta cosa maravillosa a la que llaman árbol, su belleza, cómo lo miran? ¿Cómo miran ahora, mientras están sentados aquí, rodeados por estos árboles? ¿Alguna vez los han observado? ¿Han visto sus hojas agitadas por el viento, la belleza de la luz sobre el follaje? ¿Los han observado alguna vez? ¿Pueden observar un árbol, o la luna nueva, o la estrella solitaria en los cielos, observarlos sin las palabras luna, estrella, cielo -sin la palabra? Porque la palabra no es la estrella real, la luna real. ¿Pueden, pues, descartar la palabra y mirar -o sea, mirar externamente?

Y ahora, ¿pueden mirar a la esposa, al marido, sin la palabra, sin todos los recuerdos de la relación que tienen con ellos, por intima que haya sido, sin toda la memoria acumulada del pasado, sea éste de diez días o de cincuenta años? ¿Alguna vez lo han hecho? Por supuesto que no. De modo que, si lo permiten, vamos a aprender juntos cómo observar una flor. Si uno sabe cómo mirar una flor, ese mirar contiene la eternidad. No se dejen arrebatar por mis palabras. Si saben cómo mirar una estrella, un espeso bosque, entonces ven que en esa observación hay espacio, eternidad intemporal. Pero para observar a la esposa o al marido sin la imagen que de ellos han creado, tienen que empezar muy cerca. Tienen que empezar muy cerca a fin de ir muy lejos. Si no empiezan muy cerca, jamás podrán ir muy lejos. Si desean escalar la montaña, o ir hasta la aldea próxima, lo que importa es el primer paso, el modo en que caminan, la gracia, la desenvoltura, la alegría con que lo hacen. Decimos, pues, que para ir muy, muy lejos, que es la eternidad, debemos empezar muy cerca, que es la relación que tenemos con nuestra esposa o nuestro marido.

¿Pueden ustedes mirar, observar con ojos claros, sin las palabras 'mi esposa', 'mi marido', 'mi sobrino' o 'mi hijo', sin el recuerdo de todas las ofensas acumuladas, sin toda la memoria de las cosas que pertenecen al pasado? Háganlo ahora, mientras están sentados ahí, observen. Y cuando uno es capaz de observar sin el pasado, vale decir, observar sin todas las imágenes que ha formado de sí mismo y del otro, entonces hay una verdadera relación con la esposa o el marido. Pero si no se han observado así el uno al otro, son como dos líneas férreas, jamás se encuentran. Ésa es la relación de ustedes. No sé si se dan cuenta de todo esto.

Estamos aprendiendo juntos cómo observar ese árbol, cómo observar, sentados junto a nuestro vecino o vecina, el color de su camisa, de su sari, el carácter de su rostro; observar sin sentido critico, sin agrado ni desagrado -simplemente, observar. Entonces, con una observación así, pueden ustedes mirar su violencia; o sea, su ira, su irritación, su conformismo, su aceptación, su habituación a la suciedad y escualidez que rodea las casas que habitan. ¿Pueden observar así todo eso? Cuando lo hacen, concentran en la observación toda la energía que poseen; y cuando observen así la violencia descubrirán, si han penetrado en ello, si en verdad lo hacen, que esa violencia desaparece totalmente -porque han puesto toda su energía en el acto de observar.

No repitan -si se me permite solicitarlo muy respetuosamente-, no repitan lo que acaban de oír. Al repetir lo que ha dicho quien les habla, ello se vuelve de segunda mano; tal como al repetir los Upanishads, los Brahmasutras y todos los libros impresos, han hecho ustedes de sí mismos seres de segunda mano. Eso no parece importarles, ¿verdad? Ni siquiera se avergüenzan de ello, meramente lo aceptan. Tal aceptación forma parte de este complejo problema de la violencia.

Decimos, pues, que cuando no hay dualidad, es posible vivir sin conflicto. Cuando uno alcanza cierto estado de conciencia, no hay una real dualidad -sólo existe 'lo que es'. La dualidad existe únicamente cuando tratamos de negar o de escapar de 'lo que es' hacía 'lo que no es'. ¿Está claro? ¿Estamos todos juntos en este problema? Hay personas que me han hablado muchísimo de estas cuestiones -los filósofos de ustedes, los pundits vedanta y los eruditos. Pero ellos, igual que la gente común, viven en la dualidad (no la dualidad física, hombre y mujer, alto y bajo, piel clara y oscura -eso no es dualidad). Y existe la idea de que el conflicto

es necesario porque vivimos en la dualidad y, por lo tanto, aquellos que están libres de los opuestos son los seres iluminados. Ustedes inventan alrededor de eso una filosofía; leen sobre ello, lo aceptan; leen todos los comentarios y se quedan clavados donde están. Mientras que quien les habla sostiene que, de hecho, la dualidad no existe *ahora*. Uno no se libera de la dualidad cuando alcanza ciertas 'alturas espirituales'; ustedes jamás alcanzarán 'alturas espirituales' si tienen dualidades *ahora*, ni tampoco las alcanzarán en alguna reencarnación futura o al final de sus vidas. Quien les habla dice que sólo existe 'lo que es', que no hay nada más. 'Lo que es', es el único hecho. Su opuesto no es un hecho, no tiene realidad. Espero que esto quede muy claro, aun cuando sólo lo sea desde el punto de vista lógico, racional. Si ustedes están ejercitando la razón, la capacidad de pensar con lógica, verán que es obviamente más importante comprender 'lo que es' que 'lo que debería ser'. Pero nos aferramos a 'lo que debería ser' porque no sabemos cómo habérnoslas con 'lo que es'. Utilizamos el opuesto como una palanca para liberarnos de 'lo que es'.

De modo que sólo existe 'lo que es' y, por lo tanto, no hay dualidad. Existe solamente la codicia y no la no-codicia. Cuando uno comprende la profundidad de la violencia sin escapar de ella, sin evadirse hacia ciertos ideales necios de no-violencia, cuando uno mira, cuando observa la violencia muy de cerca, lo cual implica reunir toda la energía que uno ha derrochado en perseguir el opuesto -cuando tratamos de reprimir la violencia, éste es un derroche de energía que implica conflicto- si uno hace todo eso, entonces no hay conflicto, no hay violencia. Por favor, entiendan esto.

Supongamos que uno es envidioso, que siente envidia de otro que es muy hábil, brillante, inteligente, sensible, que ve y goza la belleza de la tierra y la gloria del cielo, mientras que para uno eso no significa nada. Uno quiere ser como él. De modo que empieza a imitarlo, imita su manera de caminar, de mirar, de sonreír; sin embargo, uno sigue siendo codicioso. Aunque nos hayan educado desde la infancia para que no seamos codiciosos, no hemos comprendido que ese 'no' es meramente el opuesto de lo que somos. Nos han educado, nos han condicionado; los libros que nos han hecho leer dicen que la dualidad existe, y hemos aceptado eso. Es muy difícil romper ese condicionamiento que, desde la infancia, nos impide comprender este hecho tan simple; que sólo existe 'lo que es'.

Lo bueno no es lo opuesto de lo malo. Si lo bueno nace de lo malo, entonces lo bueno contiene lo malo. Considerémoslo muy cuidadosamente, trabajen en ello, ejerciten sus cerebros, de modo que puedan vivir siempre con 'lo que es', con lo que realmente ocurre externa e internamente. Cuando son envidiosos, vivan con ese hecho, obsérvenlo. Además, la envidia es un proceso muy complejo, forma parte de la competencia, del deseo de progresar -políticamente, religiosamente y en los negocios. A uno lo han educado así, y romper con esa tradición exige una observación muy intensa -no haciendo de ella el opuesto de la tradición, sino simplemente observando lo que la tradición es de hecho. Quien les habla espera estar poniendo esto muy en claro. Todos ustedes son personas que siguen la tradición y repiten psicológicamente, incluso intelectualmente, lo que se les ha dicho; sus religiones se basan en eso.

Por lo tanto, una vez que vean el hecho, el hecho de que tan sólo existe 'lo que es', y observen con toda la energía de que disponen, verán que eso 'que es' no tiene valor ni importancia, es por completo inexistente.

A uno le han dicho desde la infancia que debe ser bueno. La palabra 'bueno' es una palabra anticuada, pero es realmente una bella palabra. Ser bueno significa ser correcto, correcto en el hablar, correcto en el comportamiento -no conforme a una idea de lo que es correcto. Ser correcto implica ser preciso, exacto, no presuntuoso. Pero uno no es bueno. Y los padres de uno, los maestros y educadores dicen: "Sé bueno"; por lo tanto, se crea un conflicto entre lo que uno es y lo que debería ser. Y uno no comprende el significado de esa palabra; esa palabra, además, es muy, muy sutil, exige mucha investigación. Ser bueno quiere decir también ser completamente honesto, lo cual significa que uno se comporta no de acuerdo con alguna moda o tradición, sino con un sentimiento de gran integridad -integridad que posee su propia inteligencia. Ser bueno significa también ser total, no fragmentado. Pero estamos fragmentados, gracias a esta caótica tradición en que nos han educado. Lo importante no es definir la bondad, sino descubrir por qué el cerebro, que además es muy sutil y contiene en si una gran profundidad, por qué un cerebro semejante ha seguido la tradición. La ha seguido porque en ella nos sentimos a salvo, encontramos seguridad, porque seguimos lo que nuestros padres han dicho, etcétera. Eso nos hace sentir seguros y protegidos -una falsa seguridad y protección. Ustedes piensan que eso es seguro, pero es irreal, ilusorio. Y no escucharán lo que dice quien les habla, porque tienen miedo de quedarse sin tradición alguna, porque temen vivir enteramente con la propia atención.

La creencia en Dios es para ustedes la seguridad final. ¡Vean lo que ha hecho el pensamiento! Ha creado una imagen de Dios que después ustedes adoran. Eso es adorarse a sí mismos. Y entonces comienzan a preguntar quién ha creado la tierra, quien ha hecho los cielos, el universo, etcétera. Así es como la tradición empieza a destruir la mente humana. Ésta se ha vuelto repetitiva, mecánica, carece de vitalidad -excepto para ganar dinero, ir todas las mañanas a la oficina por el resto de sus vidas y, al final de ello, morirse. Es, por lo

tanto, importante descubrir si pueden librarse de la tradición y, de ese modo, vivir sin un solo conflicto; vivir cada día con 'lo que es' y observar 'lo que es' no solamente fuera sino dentro de cada uno de ustedes. Entonces crearán una sociedad libre de conflictos.

27 de diciembre de 1981

5
BOMBAY

La persona corriente desperdicia su vida; dispone de una gran cantidad de energía, pero la malgasta. Consume sus días en la oficina, o en cavar en el jardín, o como abogado, o en alguna otra cosa; o bien lleva la vida de un sannyasi. La existencia de una persona común parece, al final, por completo carente de sentido, sin significación alguna. Cuando mira para atrás, cuando tiene cincuenta, ochenta o noventa años, ¿qué ha hecho esa persona con su vida?

La vida tiene una significación de lo más extraordinaria, con su gran belleza, sus grandes sufrimientos y ansiedades, la acumulación de dinero trabajando desde las ocho o nueve de la mañana hasta la noche por años y años. Y al final de todo ello, ¿qué hemos hecho de la vida? Dinero, sexo, el conflicto constante de la existencia, el cansancio, el afán, la desdicha y las frustraciones -eso es todo lo que tenemos- con quizás alguna alegría ocasional; o puede ser que uno ame a alguien de manera tan completa y total, que en ese amar no exista sentimiento alguno de egoísmo.

Parece haber muy poca justicia en el mundo. Los filósofos han hablado mucho acerca de la justicia. Los trabajadores sociales hablan de la justicia. El hombre común quiere justicia. Pero, ¿existe en absoluto la justicia en esta vida? Uno es ingenioso, está bien acomodado, tiene una buena mente y una buena apariencia; tiene todo lo que desea. Otro no tiene nada. Uno es bien educado, refinado, tiene libertad para hacer lo que le plazca. Otro es un lisiado, pobre de mente y corazón. Uno tiene capacidad para escribir y hablar; es un buen ser humano. Otro no lo es. Éste ha sido el problema de la filosofía con su 'amor a la verdad', su 'amor a la vida'. Pero tal vez la verdad se encuentra en la vida misma, no en los libros lejos de la vida, no en las ideas. Tal vez la verdad se encuentra donde estamos y en el modo como vivimos. Cuando uno mira a su alrededor, la vida parece tan vacía y tan carente de sentido para la mayoría de la gente. ¿Puede el hombre tener justicia alguna vez? ¿Hay en absoluto justicia alguna en el mundo? Uno es rubio, otro es moreno. Uno es brillante, atento, sensible, lleno de sentimientos, ama una bella puesta de sol, la gloria de la luna y la asombrosa luz sobre el agua; uno ve todo eso y otro no lo ve. Uno es razonable, cuerdo, sano, y otro no es nada de eso. De modo que nos preguntamos, seriamente: ¿Hay en absoluto justicia en el mundo?

Ante la ley somos supuestamente iguales, pero algunos son 'más iguales' que otros que no tienen dinero suficiente para contratar buenos abogados. Algunos nacen en un alto nivel social, otros en un nivel bajo. Observando todo esto en el mundo, por lo visto hay muy poca justicia. ¿Dónde está, pues, la justicia? Parece que hay justicia sólo cuando hay compasión. La compasión es el fin del sufrimiento. La compasión no nace de ninguna religión, de ningún culto. Uno no puede ser un hindú con todas sus supersticiones y sus dioses inventados y, aun así, volverse compasivo -es imposible. Para tener compasión es preciso que haya libertad, completa y total libertad con respecto a todo condicionamiento. ¿Es posible una libertad semejante? El cerebro humano ha sido condicionado por millones de años. Ése es un hecho. Y parece que cuantos más conocimientos adquirimos acerca de todas las cosas de la tierra y del cielo, tanto más atascados estamos. Cuando hay compasión, entonces con ella hay inteligencia, y esa inteligencia tiene la visión de la justicia.

Hemos inventado las ideas de karma y reencarnación, y pensamos que inventando esas ideas, esos sistemas acerca de algo que ha de ocurrir en el futuro, hemos resuelto el problema de la justicia. La justicia empieza sólo cuando la mente es muy clara y cuando hay compasión.

Nuestros cerebros son instrumentos muy complejos. El cerebro de cualquiera de ustedes, o el de quien les habla, pertenecen al cerebro de la humanidad. Este cerebro no sólo ha evolucionado desde que nacimos hasta ahora. Se ha desarrollado a través de un tiempo incalculable y condiciona nuestra conciencia. Esa conciencia no es personal; es el suelo sobre el que estamos parados los seres humanos. Cuando uno observa esta conciencia con todo su contenido de creencias, dogmas, conceptos, temores, placeres, agonías, soledad, abatimiento y desesperación, ve que no es su conciencia individual -no es el individuo el que contiene esta conciencia. Estamos profundamente condicionados para pensar que somos individuos separados; pero ese cerebro no es el cerebro de ustedes o el mío. No estamos separados. Nuestros cerebros se hallan tan

condicionados por la educación y la religión, que nos consideramos entidades separadas, con almas separadas, y así sucesivamente.

No somos individuos en absoluto. Somos el resultado de miles de años de experiencia humana, de esfuerzo humano y de lucha. De modo que estamos condicionados; por consiguiente, jamás somos libres. En tanto vivamos con o por un concepto, una conclusión, con ciertas ideas o ideales, no habrá compasión. Donde hay libertad con respecto a todo condicionamiento -o sea, que uno se ha liberado de ser hindú, cristiano, musulmán o budista, se ha liberado de quedar preso en una especialización (aunque la especialización tiene su lugar), de dedicar toda su vida a adquirir dinero- donde existe esa libertad, puede haber compasión. En tanto el cerebro esté condicionado, como ahora lo está, no habrá libertad para el hombre. El ser humano no 'progresa' a través del conocimiento, como sostienen algunos biólogos y filósofos. El conocimiento es necesario; lo necesitamos para conducir un automóvil, para actuar en los negocios, para ir desde aquí a nuestras casas, para producir el desarrollo tecnológico y así sucesivamente. Ese conocimiento es necesario. Pero no así el conocimiento psicológico que uno ha acumulado acerca de sí mismo, el cual se ha convertido en memoria -memoria psicológica que es el resultado de las presiones externas y de nuestras exigencias internas.

Nuestras vidas se hallan fragmentadas, divididas, jamás son algo total; nunca tenemos una observación holística. Observamos siempre desde un punto de vista particular. Estamos tan divididos internamente, que nuestras vidas son en sí mismas contradictorias y, por lo tanto, existe un constante conflicto. Nunca miramos la vida como una totalidad completa e indivisible. La palabra 'total' (*whole*) significa estar sano, cuerdo; también quiere decir sagrado (*holy*). Esa palabra posee una gran significación. No se trata de que los múltiples fragmentos lleguen a integrarse en nuestra conciencia humana (siempre estamos tratando de integrar las diversas contradicciones). Pero, ¿es posible mirar la vida como una totalidad? ¿Mirar el sufrimiento, el placer, el dolor, la tremenda ansiedad, la soledad, el ir a la oficina, el tener una casa, el sexo, el tener hijos -mirarlo todo no como si fueran actividades separadas, sino como un movimiento holístico, como una acción unitaria? ¿Es eso posible de algún modo? ¿O estamos obligados a vivir eternamente en la fragmentación y, por ende, en el conflicto? ¿Es posible observar la fragmentación y la identificación con esos fragmentos? Observar, no corregir, no trascender, no escapar de ello ni reprimirlo, sino observar. No es un problema de qué hacer con ello; porque si ustedes intentan hacer algo al respecto, entonces actúan desde un fragmento y, por lo tanto, están cultivando más fragmentos y divisiones. Mientras que si pueden observar holísticamente, observar todo el movimiento de la vida como un movimiento único, entonces no sólo toca a su fin el conflicto con su energía destructiva, sino que de esa observación surge una manera totalmente nueva de abordar la vida. Y si se da cuenta, ¿se pregunta entonces cómo ha de reunir todo esto para hacer una totalidad? ¿Y quién es la entidad, el 'yo' que ha de reunir todas estas diversas partes e integrarlas? Esa entidad, ¿no es acaso también un fragmento? El pensamiento es, en sí mismo, fragmentario, porque el conocimiento jamás es completo con respecto a nada. El conocimiento es memoria acumulada, y el pensamiento es la respuesta de esa memoria y, en consecuencia, es limitado. El pensamiento nunca podrá producir una observación holística de la vida.

¿Podemos, pues, observar los múltiples fragmentos que constituyen nuestra existencia cotidiana y mirarlos como una totalidad? Uno es un profesor, un maestro, o meramente un ama de casa, o un sannyasi que ha renunciado al mundo; esos son modos fragmentados de vivir nuestra vida cotidiana. ¿Puede uno observar todo el movimiento de su fragmentada vida con sus motivos separados y separadores? ¿Puede uno observar todo eso sin el observador? El observador es el pasado, la acumulación de los recuerdos; es ese pasado, y el pasado es tiempo. El pasado mira esta fragmentación; y el pasado como memoria, es también intrínsecamente el producto de fragmentaciones anteriores. ¿Puede uno, entonces, observar sin el tiempo, sin el pensamiento, sin los recuerdos del pasado y sin la palabra? Porque la palabra es el pasado, la palabra no es la cosa. Siempre estamos mirando a través de las palabras, de las explicaciones -que a su vez son un movimiento de palabras.

Jamás tenemos una percepción directa. La percepción directa es discernimiento que transforma las células cerebrales mismas. Nuestro cerebro se ha condicionado a través del tiempo y funciona en el pensar. Está preso en ese circuito. Cuando hay observación pura de cualquier problema, existe una transformación, una mutación en la estructura misma de las células.

Nosotros hemos creado el tiempo, el tiempo psicológico. Somos los amos de ese tiempo interno que ha producido el pensamiento. Por eso es necesario que comprendamos la naturaleza del tiempo que el hombre ha creado -el tiempo psicológico como esperanza, el tiempo como logro. ¿Por qué los seres humanos han creado psicológicamente, internamente, el tiempo? -el tiempo cuando uno 'será' bueno; el tiempo cuando una 'estará' libre de la violencia; el tiempo para alcanzar la iluminación, para lograr algún elevado estado de la mente, el tiempo como meditación. Cuando funcionamos dentro del reino de ese tiempo, estamos generando una contradicción y, por ende, conflicto. El tiempo psicológico *es* conflicto.

Éste es realmente un gran descubrimiento si comprendemos la verdad de que uno es el pasado, el presente y el futuro -lo cual es tiempo como movimiento psicológico. Creamos una división entre nuestro vivir contenido en nuestra conciencia, y el tiempo distante que es la muerte. O sea, que uno está viviendo con todos sus problemas, y la muerte es algo que debe evitarse, postergarse, ponerse a una gran distancia -lo que implica otra fragmentación más en nuestra vida. Observar holísticamente el movimiento total de la existencia, es vivir tanto la vida como la muerte. Pero uno se aferra a la vida y escapa de la muerte; ni siquiera habla de la muerte. De modo que no sólo estamos fragmentados en nuestra vida superficialmente, físicamente, sino que también nos hemos separado a nosotros mismos de la muerte. ¿Qué es la muerte? ¿Acaso no forma parte de nuestra vida? Uno puede tener miedo, puede querer huir de la muerte y prolongar el vivir, pero siempre al final de ello está la muerte.

¿Qué es vivir? ¿Qué es el vivir, el cual es nuestra conciencia? La conciencia está compuesta por su contenido; y el contenido no es diferente de la conciencia. La conciencia es las cosas que uno cree, sus supersticiones, sus ambiciones, la codicia, el afán de competir, los apegos, el sufrimiento, la hondura de la soledad, los dioses, los rituales -todo eso es la conciencia de uno, la cual es uno mismo. Pero esa conciencia no es propiedad exclusiva de nadie, es la conciencia de la humanidad; uno es el mundo y el mundo es uno mismo. Uno es su conciencia con su contenido. Ese contenido es el suelo sobre el que está parada toda la humanidad. Por lo tanto, psicológicamente, internamente, uno no es un individuo. En lo externo puede tener una forma diferente de la que tiene otro, puede ser amarillo, moreno, negro, alto o bajo, hombre o mujer, pero en lo interno, en lo profundo somos todos semejantes -quizá con algunas variaciones, pero la semejanza es como un hilo que mantiene juntas las perlas.

Tenemos que comprender qué es el vivir, y entonces podremos preguntarnos qué es el morir. Lo que hay *antes* de la muerte es más importante que lo que ocurre *después* de la muerte. Antes del fin, mucho antes del último instante, ¿qué es el vivir? ¿Es esto el vivir, este afán y conflicto sin relación alguna con otros? A este sentimiento de honda soledad interna es a lo que llamamos vivir. Para escapar de esto que llaman vivir, se largan ustedes a las iglesias, a los templos, rezan y adoran, todo lo cual carece por completo de sentido. Si poseen dinero se complacen en despilfarrarlo -el despilfarro de los casamientos que se realizan en este país. Ya conocen ustedes todos los ardides que emplean para escapar de la propia conciencia, del propio estado mental. Y esto es lo que llamamos vivir. Y la muerte es el final. El final de todo lo que conocen. El final de todos los apegos, de todo el dinero que han acumulado y que no pueden llevarse consigo; por lo tanto, tienen miedo. El miedo forma parte de sus vidas. Y así, cualquier cosa que ustedes sean, por ricos o pobres que puedan ser, por elevada que sea la posición que ocupen, por grande que sea el poder que tengan, o la clase de político que sean -desde el más alto al más bajo estafador en la política- existe el final llamado muerte.

Y, ¿qué es lo que muere? El 'yo' con todas las acumulaciones que ha reunido en esta vida, todo el dolor, la soledad, la desesperación, las lágrimas, las risas, el sufrimiento -ése es el 'yo' con todas sus palabras; el 'yo' es la suma de todo ello. Puedo pretender que tengo en 'mí' algún espíritu más elevado, el atman, el alma, algo eterno, pero todo eso lo produce el pensamiento; y el pensamiento no es sagrado. Ésta es, entonces, nuestra vida: el 'yo' al que uno se aferra, al que se halla apegado. Y al final de ello está la muerte.

Existe el miedo a lo conocido y el miedo a lo desconocido. Lo conocido es nuestra vida, y tenemos miedo de esa vida; y lo desconocido es la muerte, a la que también tememos. ¿Alguna vez han visto a un hombre o a una mujer asustados de la muerte? ¿Alguna vez los han visto de cerca? La muerte es la negación total del pasado, presente y futuro que constituyen el 'yo'. Y estando atemorizados de la muerte, piensan que hay otras vidas para vivirse. Probablemente, la mayoría de ustedes cree en la reencarnación. Es una feliz, bonita y consoladora proyección inventada por personas que no han comprendido qué es el vivir. Ellas ven que el vivir es dolor, conflicto constante, desdicha interminable en la que ocasionalmente brilla una sonrisa, un destello de risa y alegría; y dicen: "Volveremos a vivir en una próxima vida; después de la muerte me encontraré con mi esposa (o mi marido o mi hijo o mi dios)". Sin embargo, no hemos comprendido lo que somos y a qué estamos apegados. ¿A qué nos apagamos? ¿Al dinero? Si uno está apegado al dinero, eso es uno, uno es el dinero. Como el hombre que está apegado al moblaje antiguo, a los bellos muebles del siglo XIV, muy pulidos y de gran valor -está apegado a eso y, por lo tanto, él es el moblaje. ¿A qué están ustedes apegados entonces? ¿Al cuerpo? Si estuvieran realmente apegados al cuerpo, cuidarían ese cuerpo, comerían adecuadamente, lo ejercitarían como es debido, etc., pero no lo hacen. Sólo están apegados a la idea que tienen del cuerpo -la idea, pero no el instrumento real. Si estamos apegados a nuestra esposa, es a causa de los recuerdos que tenemos de ella. Al estar apegados, ella nos ayuda y consuela en esto y en aquello -con todas las trivialidades involucradas en el apego- y llega la muerte, y con la muerte la separación.

De modo que uno ha de investigar muy estrecha y profundamente, el propio apego. La muerte no permite que uno posea nada cuando muere. Nuestro cuerpo es cremado o sepultado y, ¿qué es lo que uno deja? Deja al

hijo por quien uno ha acumulado un montón de dinero que, de cualquier modo, él malgastará. Heredará nuestra propiedad, pagará los impuestos y pasará por todas las terribles ansiedades de la existencia, exactamente como uno lo ha hecho. ¿Es a eso a lo que estamos apegados? ¿O uno está apegado al conocimiento que ha adquirido como un gran escritor, pintor o poeta? ¿O se apega uno a las palabras, porque las palabras juegan un papel tremendo en nuestra vida? Solamente palabras. Jamás miramos detrás de las palabras. Jamás vemos que la palabra no es la cosa, que el símbolo nunca es la realidad.

¿Puede el cerebro, la conciencia humana liberarse de este miedo a la muerte? Como uno es el amo del tiempo psicológico, ¿puede uno vivir con la muerte -sin separar a la muerte como algo que debe evitarse, posponerse, apartarse lo más lejos posible? La muerte forma parte de la vida. ¿Puede uno vivir con la muerte y comprender el significado de la terminación? Eso implica comprender el significado de la negación; terminar con nuestros apegos, terminar con nuestras creencias a través de la negación. Cuando uno niega algo, cuando termina con ello, hay algo totalmente nuevo. ¿Puede uno, entonces, mientras está viviendo, negar el apego completamente? Eso es vivir con la muerte. La muerte significa el final. De ese modo hay encarnación, hay algo nuevo que ocurre. Terminar con algo es extraordinariamente importante en la vida -comprender la profundidad y belleza que hay en el negar algo que no es la verdad. Negar, por ejemplo, nuestro lenguaje ambiguo. Si uno va al templo, negar el templo, de modo que el cerebro tenga esta condición de integridad.

La muerte es un final, y tiene extraordinaria importancia en la vida. No el suicidio, no la eutanasia, sino el final de los propios apegos, de la propia soberbia, del antagonismo o el odio que experimentamos por otro. Cuando uno mira holísticamente la vida -o sea, el morir, el vivir, la agonía, la desesperación, la soledad y el sufrimiento- ve que todo ello es un movimiento único. Cuando vemos holísticamente, hay total libertad en relación con la muerte -no es que el cuerpo físico no vaya a destruirse. Hay un sentido de terminación y, por lo tanto, no hay continuidad -uno se libera del temor a no poder continuar.

Cuando un ser humano comprende el pleno significado de la muerte, hay vitalidad, existe la plenitud que se halla tras esa comprensión; un ser así está fuera de la conciencia humana. Cuando ustedes comprenden que la vida y la muerte son una sola cosa -lo son cuando uno comienza a morir mientras vive- entonces están viviendo codo a codo con la muerte, y ésa es la cosa más extraordinaria que uno puede hacer; no existen ni el pasado ni el presente ni el futuro; sólo existe este constante terminar.

6 de febrero de 1982

6
NUEVA YORK

Debe entenderse que no estamos tratando de persuadirles acerca de nada. No hacemos ninguna clase de propaganda, no exponemos ideas nuevas ni alguna teoría exótica ni una fantástica filosofía; tampoco estamos sugiriendo ningún tipo de conclusión ni abogamos por alguna clase de fe. Tengan, por favor, la plena convicción de que es así. Lo que haremos es observar juntos, ustedes y quien les habla, lo que está sucediendo en el mundo; observar no desde algún punto de vista particular ni desde alguna actitud lingüística, nacionalista o religiosa. Juntos, si quieren, vamos a observar sin ningún prejuicio, libremente, sin distorsión alguna, lo que realmente ocurre en todo el mundo. Es importante comprender que estamos simplemente observando, sin tomar partido, sin tener determinadas conclusiones con las cuales observar, sino que libremente, racionalmente, cuerdamente, vamos a ver por qué los seres humanos de todo el mundo se han vuelto lo que son: brutales, violentos, llenos de ideas fantasiosas, con sus cultos nacionalistas y tribales, con todas las divisiones de las creencias, con todos sus profetas, sus gurús y esas estructuras religiosas que han perdido todo significado.

Una observación semejante no es un reto ni va a traerles la experiencia de algo. Observación no es análisis. Observar sin distorsión es ver claramente, no desde algún punto de vista personal o ideológico; es observar a fin de ver las cosas como son, tanto externa como internamente, ver lo que de hecho ocurre en el mundo exterior, y ver también el modo en que vivimos psicológicamente. Estamos conversando juntos, como dos amigos que pasean por un sendero apartado, en un día de verano, observando y hablando acerca de sus problemas, de sus penas, sufrimientos, desdichas, confusiones, incertidumbres, de su falta de seguridad, y viendo claramente por qué los seres humanos se comportan como lo hacen en todo el mundo; nos preguntamos por qué, milenios tras milenios, los seres humanos continúan sufriendo, padeciendo grandes angustias psicológicas, por qué siguen estando ansiosos, perplejos y asustados, carentes de seguridad, tanto externa como internamente.

No hay división entre lo externo y lo interno, entre el mundo que los seres humanos han creado externamente, y el movimiento que tiene lugar internamente -es como una marea, saliendo y entrando, es el mismo movimiento. No existe una división como lo externo y lo interno, es un solo movimiento continuo. Para comprender este movimiento, tenemos que observar juntos nuestra conciencia, lo que somos, por qué nos conducimos del modo en que lo hacemos, por qué somos tan crueles y no tenemos una verdadera relación con otros. Tenemos que examinar por qué, después de milenios y milenios, estamos viviendo en constante conflicto y desdicha, y por qué las religiones han perdido totalmente su significado.

Vamos a tomar nuestra existencia humana tal como es, vamos a observar y a descubrir realmente por nosotros mismos si existe alguna posibilidad de producir una mutación radical en la condición humana -no un cambio superficial, no una revolución física; ninguna de esas cosas ha producido en la psiquis un cambio fundamental, radical. Y nosotros vamos a averiguar si es posible poner fin al conflicto, a la lucha, a la angustia y al sufrimiento en nuestra vida cotidiana. Vamos a observar juntos y ver si es posible liberarnos radicalmente de toda esta tortura de la vida con sus ocasionales momentos de felicidad.

Ésta no es una conferencia; ustedes participan en esta observación, la comparten. No estamos usando aquí ninguna jerga particular ni algún tipo especial de referencias lingüísticas. Usamos el simple y cotidiano idioma inglés. La comunicación sólo es posible cuando uno y otro estamos juntos -es preciso recalcar la palabra 'juntos'- durante todo el tiempo en que examinamos nuestras vidas y la razón de que seamos lo que hemos llegado a ser.

¿Qué lugar tiene el conocimiento en la transformación del hombre? ¿Tiene lugar alguno en esa transformación? El conocimiento es necesario en la vida diaria, cuando vamos a la oficina, cuando ejercitamos diversas habilidades, etc.; es necesario en el mundo tecnológico, en el mundo científico. Pero en la transformación de la psiquis, de lo que somos, ¿tiene el conocimiento algún lugar, lo tiene en absoluto?

El conocimiento es la acumulación de experiencias -no sólo la experiencia personal, sino la acumulación de la experiencia pasada que llamamos tradición. La tradición se nos transmite a cada uno de nosotros. Hemos acumulado no sólo el conocimiento psicológico individual, personal, sino el conocimiento psicológico que se ha estado transmitiendo y que ha ido condicionando al hombre durante milenios. Nos preguntamos si ese conocimiento psicológico puede alguna vez transformar radicalmente al hombre como para convertirlo en un ser humano totalmente incondicionado. Porque si hay cualquier forma de condicionamiento en lo psíquico, en lo interno, es imposible dar con la verdad. La verdad es una tierra sin caminos, y llega a nosotros cuando nos hemos liberado totalmente del condicionamiento.

Están los que aceptan el condicionamiento humano diciendo que es inevitable y que no es posible escapar de él. Dicen que el hombre está condicionado por naturaleza, y que no puede hacer más que mejorar o modificar ese condicionamiento. Hay una parte importante del pensamiento occidental que sostiene esta posición -el hombre está condicionado por el tiempo, por la evolución, la educación y la religión. Ese condicionamiento puede ser modificado, pero el hombre jamás podrá liberarse de él. Es lo que sostienen los comunistas y otros, haciendo notar que históricamente y de hecho estamos todos condicionados -por el pasado, por nuestra educación, por nuestra familia y así sucesivamente. Dicen que no hay forma de escapar de ese condicionamiento; por lo tanto, el hombre tiene que sufrir siempre, tiene que vivir siempre en la incertidumbre y seguir la senda del esfuerzo, de la angustia y de la ansiedad.

Y lo que nosotros decimos es por completo diferente; decimos que este condicionamiento puede ser totalmente erradicado como para que el hombre sea libre. Vamos a investigar qué es este condicionamiento, y qué es la libertad. Vamos a ver si ese condicionamiento -que está tan hondamente arraigado en los profundos escondrijos de la mente, y que también está activo en la superficie- puede ser comprendido de tal modo que el hombre se libere de todo el dolor y la ansiedad.

Por lo tanto, primero tenemos que mirar nuestra conciencia, ver de qué está compuesta, cuál es su contenido. Debemos preguntarnos si ese contenido de la conciencia, con el que nosotros nos identificamos como individuos, es de hecho una conciencia individual. ¿O esta conciencia individual que cada uno de nosotros sostiene como separada de otras conciencias, no es individual en absoluto? ¿O es la conciencia de la humanidad?

Por favor, escuchen esto primero. Puede que disienten con ello totalmente. No lo rechacen, sólo observen. No es cuestión de ser tolerantes la tolerancia es enemiga del amor. Solamente observen, sin ningún sentimiento de antagonismo, lo que estamos diciendo: la conciencia con la que nos hemos identificado como individuos, ¿es en absoluto individual? ¿O es la conciencia de la humanidad? O sea, que la conciencia con todo su contenido de angustia, remembranza, dolor, actitudes nacionalistas, creencias, cultos, etc., es invariable en todo el mundo. Dondequiera que uno vaya el hombre está sufriendo, compitiendo, luchando;

está ansioso, lleno de incertidumbre, zozobra, desesperación, desaliento, creyendo en toda clase de supersticiosos disparates. Esto es común a toda la humanidad, ya sea en Asia, aquí o en Europa.

De modo que nuestra conciencia, con la que nos hemos identificado como nuestra conciencia ‘individual’, es una ilusión. Es la conciencia del resto de la humanidad. Uno es el mundo, y el mundo es cada uno de nosotros. Por favor, considérenlo, vean la seriedad que esto tiene, la responsabilidad que involucra. Toda la vida han luchado como individuos, como algo separado del resto de la humanidad; y cuando descubren que la conciencia de cada uno de ustedes es la conciencia del resto de la humanidad, ello significa que cada uno de ustedes es la humanidad, no un individuo separado. Uno puede tener su propia habilidad particular, su tendencia, su idiosincrasia, pero de hecho es el resto de la humanidad, porque su conciencia es la conciencia de todos los seres humanos. Esa conciencia es un producto del pensamiento, es el resultado de milenios y milenios de pensamiento. El pensamiento ha tenido siempre una importancia extrema en nuestras vidas. El pensamiento ha creado la tecnología moderna, ha creado las guerras; el pensamiento ha dividido a la gente en nacionalidades, ha dado origen a las religiones separadas, ha creado la maravillosa arquitectura de las antiguas catedrales, templos y mezquitas. Los rituales, las plegarias, todo el circo -si se me permite usar esa palabra- que se organiza en el nombre de la religión, es inventado por el pensamiento.

La conciencia es la actividad del pensamiento, y el pensamiento se ha vuelto inmensamente importante en nuestras vidas. Tenemos que observar qué es ese pensar que ha ocasionado una confusión tan extraordinaria en el mundo. El pensamiento juega un papel en nuestras relaciones mutuas, ya sean íntimas o no. El pensamiento es la fuente del temor. Tenemos que observar qué lugar ocupa el pensamiento en el placer, qué lugar tiene en el sufrimiento, y también si tiene en absoluto lugar alguno en el amor. Es importante observar el movimiento del pensar -el movimiento *per se*.

Observar el movimiento del pensar, forma parte de la meditación. La meditación no es una mera y absurda repetición de palabras; no consiste en dedicar a eso unos cinco minutos por la mañana, la tarde y la noche. La meditación forma parte de la vida. Meditar es descubrir la relación del pensamiento y el silencio -la relación entre el pensamiento y aquello que es intemporal. La meditación forma parte de nuestra vida cotidiana, tal como la muerte y el amor forman parte de nuestra vida.

Es bastante sencillo, cuando se nos pregunta algo que nos resulta familiar, contestar inmediatamente. A uno le preguntan el nombre, y la respuesta es instantánea; el nombre acude fácilmente porque uno lo ha repetido con mucha frecuencia. Pero si se nos formula una pregunta complicada, hay un intervalo entre la pregunta y la respuesta. Durante ese intervalo, el pensamiento investiga -y finalmente encuentra una respuesta. Pero cuando a uno le formulan una pregunta muy profunda y contesta: “No sé”, el pensamiento se detiene. Muy pocas personas dicen realmente, “No sé”; aparentan creer que saben. Es probable que muchos de ustedes crean en Dios. Esa es la esperanza final, el último placer, la última seguridad. Y cuando ustedes efectivamente se preguntan a sí mismos, con gran intensidad y seriedad: “¿Conocemos realmente a Dios, creemos realmente en Él?”, si son honestos dicen: “En verdad, no lo sé”. Entonces la mente de uno está de veras observando.

La acumulación de experiencia que se almacena en el cerebro como memoria, es el conocimiento, y la reacción a esa memoria es el pensar. El pensamiento es un proceso material -nada hay de sagrado en él. La imagen que adoramos como algo sagrado, sigue siendo parte del pensamiento. El pensamiento es siempre divisivo, separativo, fragmentario, y el conocimiento jamás es completo acerca de nada. El pensamiento, por sublime o trivial que sea, siempre es fragmentario y divisivo porque se deriva de la memoria. Todas nuestras acciones se basan en el pensamiento; por lo tanto, toda esa acción es limitada, fragmentaria, divisiva, incompleta jamás puede ser holística. El pensamiento, ya sea del más grande de los genios -pintores, músicos, científicos- o el insignificante pensamiento de nuestra actividad cotidiana, es siempre limitado, fragmentario, divisivo. Cualquier acción que nace de ese pensamiento, tiene que originar conflicto. Están las divisiones tribales, nacionalistas, a las que la mente se aferra en su búsqueda de seguridad. Esa misma búsqueda de seguridad es la que da origen a las guerras. La búsqueda de seguridad es también la actividad del pensamiento; por consiguiente, en el pensamiento no hay seguridad.

La esencia del contenido de nuestra conciencia, es el pensamiento. El pensamiento ha originado en la conciencia una estructura de miedo, de creencias. La idea de un Salvador, la fe, la ansiedad, la angustia -todo eso lo produce el pensamiento y constituye el contenido de la conciencia. Nos preguntamos ahora si ese contenido puede ser eliminado, de modo tal que haya una dimensión del todo diferente. Es sólo en esa dimensión que puede haber creatividad; no una creatividad que pertenezca al contenido de la conciencia.

Veamos, pues, uno de los contenidos de nuestra conciencia, que es la relación entre los seres humanos. ¿Por qué hay un conflicto semejante en la relación entre hombre y mujer, esa desdicha, esa constante división? Es importante investigar esto, porque el ser humano existe en la relación; no hay santo, ermitaño o

monje que no esté relacionado, aunque pueda retirarse a un monasterio o irse a alguna cueva del Himalaya -igualmente sigue relacionado. Es importante comprender por qué los seres humanos nunca viven en paz, por qué en su relación existe esta terrible lucha y angustia -estos celos, esta ansiedad- y ver si es posible liberarse de todo eso y, por consiguiente, vivir en verdadera relación. Descubrir qué es una relación verdadera, requiere muchísima investigación y observación. Observación no es análisis. Esto también es importante que se comprenda, porque la mayoría de nosotros está habituada al análisis. Estamos observando la relación que de hecho existe entre hombre y hombre, entre hombre y mujer, entre dos seres humanos; nos preguntamos por qué tiene que haber tanta pugna, tanta ansiedad y padecimiento. En la relación que existe entre dos seres humanos -casados o no- ¿hay alguna vez un verdadero contacto psicológico? Ellos pueden encontrarse físicamente, en la cama, pero internamente, psicológicamente, ¿no son como dos líneas paralelas, cada uno persiguiendo su propia vida, su propia realización personal, su propia expresión? Por lo tanto, como dos líneas paralelas, jamás se encuentran y, en consecuencia, hay pugna constante, lucha, la angustia de no tener una verdadera relación. Ellos dicen que están relacionados, pero eso no es verdadero, no es honesto, porque cada cual tiene una imagen de sí mismo. Y agregada a esa imagen, está la imagen que cada uno tiene de la persona con quien vive. En realidad, tienen dos imágenes -o múltiples imágenes. Él ha creado una imagen de ella, y ella ha creado una imagen de él. Estas imágenes se producen a causa de las reacciones que se recuerdan, las cuales se convierten en la imagen -la imagen que él tiene con respecto a ella y la que ella tiene con respecto a él. La relación se establece entre estas dos imágenes que son los símbolos de los recuerdos, de los padecimientos. Por lo tanto, de hecho no existe relación alguna.

Así que uno se pregunta: ¿Es posible no tener en absoluto ninguna imagen del otro? En tanto uno tenga una imagen de ella y ella la tenga con respecto a uno, ha de haber conflicto, porque el cultivo de las imágenes destruye la relación. Por medio de la observación, ¿podemos descubrir si es posible no tener imagen alguna de uno mismo o de otro -estar por completo libre de imágenes? Mientras uno tenga una imagen de sí mismo, va a ser lastimado. Esa es una de las desgracias en la vida; desde la infancia, a través de la escuela, del colegio, de la universidad, y a lo largo de toda nuestra existencia, quedamos constantemente lastimados, con todas las consecuencias que ello trae consigo y el paulatino proceso de aislamiento a fin de que no se nos lastime. ¿Y qué es eso que se siente lastimado? Es la imagen de sí mismo que uno se ha construido. Si uno estuviera totalmente libre de imágenes, no sería afectado ni por las ofensas ni por el halago.

Ahora casi todos encuentran seguridad en la imagen que han construido de sí mismos, que es la imagen que ha creado el pensamiento. De modo que, observando esto, nos preguntamos si esta imagen construida desde la infancia, producida por el pensamiento, una estructura de palabras, una estructura de reacciones, un proceso de recuerdos -remotos, oscuros, perdurables incidentes, ofensas, ideas, padecimientos- nos preguntamos si esta imagen puede terminar completamente. Porque sólo entonces podremos tener alguna clase de relación con otro. En la relación, cuando no hay imagen, no hay conflicto. Ésta no es una mera teoría, un ideal; quien les habla sostiene que se trata de un hecho. Si lo investigamos profundamente, descubrimos que uno puede vivir en este mundo monstruoso y no tener una sola imagen de sí mismo; entonces las relaciones que uno establece, tienen un significado por completo diferente -no hay conflicto en absoluto.

Ahora, por favor; mientras ustedes escuchan a quien les habla, ¿perciben la propia imagen y el cese de esa imagen? ¿O van a preguntar: “Cómo he de terminar con esa imagen”? Cuando preguntan ‘cómo’, vean lo que implica esa palabra. El ‘cómo’ implica que alguien les dirá lo que tienen que hacer. Por lo tanto, ese alguien que va a decirles lo que deben hacer, se convierte en el especialista, el gurú, el líder. Pero toda la vida han tenido ustedes líderes, especialistas, psicólogos, y ellos no los han cambiado. Así que no pregunten ‘cómo’; descubran por sí mismos si pueden estar totalmente libres de esa imagen. *Pueden* estar libres de ella si conceden atención completa a lo que otro dice. Si la esposa de uno, o el amigo dice algo desagradable, y en ese momento uno presta atención completa, no hay creación de imágenes. Entonces la vida tiene una significación por completo diferente.

Estamos observando nuestra conciencia con su contenido. El contenido, como la herida psicológica, como la relación, constituyen nuestra conciencia. Otro contenido de nuestra conciencia es el temor; vivimos con temor no sólo externamente, sino que mucho más en lo profundo, en los oscuros escondrijos de la mente, hay un temor hondo, temor al futuro, temor al pasado, temor al presente. Tenemos que considerar juntos si es posible para nosotros, los seres humanos que vivimos en este mundo tal como es en la actualidad -amenazado por guerras, etc.- si es posible que vivamos nuestra vida cotidiana completamente libres de todo temor psicológico. Probablemente, la mayoría de ustedes no se ha formulado una pregunta semejante. O puede que lo hayan hecho tratando de encontrar una manera de escapar del temor, de reprimirlo, de negarlo o racionalizarlo. Pero si realmente observan en profundidad la naturaleza del temor, entonces tienen que considerar lo que el temor es, ver de hecho cuáles son las causas que contribuyen a la existencia del temor.

Casi todos nosotros tenemos miedo; miedo al mañana, miedo a la muerte, miedo a nuestro esposo, esposa o amiga; ¡de tantas cosas tenemos miedo! El miedo es como un árbol inmenso con innumerables ramas; no es bueno podar meramente las ramas, es preciso llegar a la raíz misma del miedo y ver si es posible erradicarlo tan completamente que uno quede libre de él. No es cuestión de si permaneceremos para siempre libres del miedo; cuando uno ha extirpado realmente las raíces, entonces no hay posibilidad de que el miedo penetre en su vida psicológica.

Una de las razones por las que tenemos miedo, es la comparación, el compararse uno mismo con otro. O compararse con lo que uno ha sido y con lo que quisiera ser. El movimiento de comparación es conformidad, imitación, ajuste; éste es uno de los orígenes del miedo. ¿Alguna vez han intentado no compararse jamás con otro, sea física o psicológicamente? Cuando uno no compara, entonces no está tratando de 'llegar a ser'. Toda la educación cultural que recibimos es para que lleguemos a ser algo, para que seamos algo o alguien. Si uno es pobre, desea llegar a ser rico -si es rico, está buscando más poder. Religiosamente o socialmente, uno siempre está deseando llegar a ser alguna cosa. En este deseo, en este anhelo de 'llegar a ser', hay comparación. Vivir sin comparación, es la cosa extraordinaria que ocurre cuando no medimos. En tanto uno mida psicológicamente, tiene que haber temor, porque está siempre esforzándose por algo y piensa que podría no conseguirlo.

Otra razón para el temor es el deseo. Tenemos que observar la naturaleza y estructura del deseo, y ver por qué el deseo se ha vuelto tan extraordinariamente importante en nuestras vidas. Donde hay deseo tiene que haber conflicto, competencia, lucha. Por lo tanto, es importante descubrir, si es que son ustedes en verdad serios -y aquellos que son serios viven realmente, porque para ellos la vida tiene una tremenda significación y responsabilidad- es importante descubrir qué es el deseo. Las religiones de todo el mundo han dicho: "Repriman el deseo". Los monjes -no las personas sentimentalmente religiosas sino aquellas que, en su fe particular, se han entregado a determinada forma de organización religiosa- han tratado de transferir o sublimar el deseo en nombre de un símbolo, de un Salvador. Pero el deseo es una fuerza extraordinariamente poderosa en nuestras vidas. O lo reprimimos o escapamos de él o sustituimos sus actividades o lo racionalizamos viendo cómo surge, cuál es su origen. Observemos, pues, el movimiento del deseo. No decimos que el deseo deba reprimirse, ni que debamos escapar de él o sublimarlo -cualquier cosa que esa palabra pueda significar.

Casi todos nosotros somos seres humanos muy especiales. Lo queremos todo bien explicado, todo muy nítidamente expuesto en palabras o en un diagrama, y entonces pensamos que hemos comprendido. Nos hemos convertido en esclavos de las explicaciones. Jamás intentamos descubrir por nosotros mismos qué es el movimiento del deseo, cómo surge. Quien les habla investigará esto, pero la explicación no es la realidad. La palabra no es la cosa. No debemos quedar presos en las palabras, en las explicaciones. La pintura de una montaña en el lienzo, no es la montaña real. Puede estar bellamente pintada, pero no es esa extraordinaria y profunda belleza de una montaña, con su majestuosidad contra el cielo azul. De igual modo, la explicación del deseo no es el movimiento real del deseo. La explicación no tiene ningún valor mientras no vemos realmente por nosotros mismos.

La observación tiene que ser libre, sin tendencia o motivo alguno, a fin de que uno pueda comprender el movimiento del deseo. El deseo se origina en la sensación. La sensación es contacto, es el ver. Después, el pensamiento crea una imagen de esa sensación; ese movimiento del pensar es el comienzo del deseo. O sea, que uno ve un bonito automóvil, y el pensamiento crea la imagen de uno mismo en ese automóvil, etcétera, ése es el momento en que comienza el deseo. Si uno no tuviera la sensación, estaría paralizado. La actividad de los sentidos *tiene* que existir. Cuando surge la sensación del ver o del tocar, el pensamiento construye la imagen de uno mismo en ese automóvil. Tan pronto el pensamiento crea la imagen, nace el deseo.

Se requiere una mente muy atenta para ver la importancia de la sensación total -no una particular actividad de los sentidos, seguida por la actividad del pensamiento que crea una imagen. ¿Alguna vez han observado -con todos sus sentidos- una puesta de sol con el movimiento del mar? Cuando observamos con todos los sentidos, no hay un centro desde el cual estemos observando. Mientras que si cultivamos solamente uno o dos sentidos, entonces hay fragmentación. Donde hay fragmentación, está la estructura del 'yo', del 'mí mismo'.

Al observar el deseo como uno de los factores del temor, vemos cómo interviene el pensamiento y crea la imagen. Pero si uno está totalmente atento, entonces el pensamiento no penetra en el movimiento de la sensación. Eso exige una gran atención interna con su disciplina.

Otro de los factores del temor es el tiempo -el tiempo psicológico, no el tiempo entre la salida y puesta del sol, entre el ayer, el hoy y el mañana, sino el tiempo psicológico como ayer, hoy y mañana. El tiempo es uno de los factores principales del temor. No es que el tiempo como movimiento deba detenerse, sino que la

naturaleza del tiempo *psicológico* ha de ser comprendida, no de manera intelectual o verbal, sino observada psicológicamente, internamente. Podemos estar libres del tiempo, o ser esclavos del tiempo.

En la mayoría de nosotros hay un elemento de violencia que jamás hemos resuelto, que jamás hemos eliminado de tal modo que podamos vivir totalmente sin violencia. No pudiendo librarnos de la violencia, hemos creado la idea de su opuesto, la no-violencia. La no-violencia *no es* un hecho -la violencia es un hecho. La no-violencia no existe -excepto como una idea. Lo que existe, 'lo que es', es la violencia. Es como esas personas que en la India dicen que rinden culto a la idea de la no-violencia; predican, hablan sobre ella, la imitan -están habiéndoselas no con un hecho, no con una realidad, sino con una ilusión. El hecho es la violencia -mayor o menor, pero violencia. Cuando uno persigue la no-violencia -que es una ilusión, que no es una realidad- está cultivando el tiempo. Vale decir que: "Yo soy violento, pero seré no-violento". El 'seré' es tiempo; el tiempo es el futuro, un futuro que no tiene realidad, que es inventado por el pensamiento como un opuesto de la violencia. Es la postergación de la violencia la que crea el tiempo. Si hay una comprensión y, por ende, un cese de la violencia, no existe el tiempo psicológico. Nosotros podemos ser los amos del tiempo psicológico; ese tiempo puede eliminarse totalmente si uno ve que el opuesto no es real. 'Lo que es', no tiene tiempo. Comprender 'lo que es' no requiere tiempo sino solamente observación completa. En la observación de la violencia, por ejemplo, no hay movimiento alguno del pensar, sino sólo un sostener esa energía enorme que llamamos violencia, y observarla. Pero apenas hay una distorsión -el motivo de tratar de volvernos no-violentos- hemos introducido el tiempo.

La comparación, con toda su complejidad, el deseo y el tiempo, son los factores del temor -el profundamente arraigado temor. Cuando hay observación y, por ende, no hay movimiento del pensar -únicamente la observación del movimiento total del temor- el temor llega totalmente a su fin; y el observador no es diferente de lo observado. Éste es un importante factor que hay que comprender. Cuando uno observa completamente, hay un cese del temor, y entonces la mente humana ya no está más atrapada en el movimiento del temor. Si hay cualquier clase de temor, la mente se halla confundida, deformada y, por tanto, carece de claridad. Y *tiene* que haber claridad para que lo eterno sea. Observar el movimiento del temor en uno mismo, toda su complejidad, la forma en que el temor se va urdiendo, y permanecer con él de manera tan completa que no haya ni un solo movimiento del pensar, es terminar completamente con el temor.

27 de marzo de 1982

7
OJAI

Desde el comienzo mismo, entiendan que no estamos instruyendo a nadie acerca de nada; no estamos proponiendo ninguna clase de idea, creencia o conclusión para convencerles de alguna cosa; esto no es propaganda. Creo, más bien, que sería útil si pudiéramos, durante estas pláticas, considerar juntos, observar y escuchar juntos todo el movimiento de una vida, ya sea en Sudáfrica, Sudamérica, Norteamérica, Europa o Asia. Estamos abordando un problema sumamente complejo que necesita ser estudiado muy cuidadosamente, con cierta vacilación, sin una tendencia determinada, sin ningún motivo, de modo tal que observemos, de ser posible, todo el acontecer exterior de nuestra vida. Lo que está ocurriendo fuera de nosotros es la medida por la cual podremos comprendernos internamente. Si no comprendemos lo que de hecho sucede en el mundo exterior, fuera del campo psicológico, no tendremos medida alguna con la cual observarnos a nosotros mismos.

Observemos juntos sin prejuicio alguno, no como norteamericano, argentino, inglés, francés, ruso o asiático; observemos sin ningún motivo -lo cual es bastante difícil- y veamos claramente qué es lo que está ocurriendo. Cuando uno viaja por el mundo, observa que existe en todas partes muchísima discusión, discordia, disconformidad, desorden; mucha confusión e incertidumbre. Uno ve las manifestaciones públicas contra una forma particular de guerra y las extensas preparaciones bélicas; ve los incalculables gastos que se destinan a armamentos -una nación preparándose para una eventual guerra contra otra nación. Y están las divisiones nacionales -el honor nacional, por el que miles están dispuestos a matar a otros y se sienten orgullosos de ello. Están las divisiones religiosas y sectarias: la católica, la protestante, la hindú, la mahometana, la budista. Están las múltiples sectas, y los gurús con sus seguidores particulares. En el mundo católico y en el protestante, tenemos la autoridad espiritual, y en el mundo islámico, la autoridad de los libros. De modo que en todas partes existe esta constante división que conduce al desorden, al conflicto y a la

destrucción. Y está el apego a una nacionalidad particular, a una particular religión, con la esperanza de encontrar así alguna clase de seguridad externa o interna.

Estos son los fenómenos que ocurren en el mundo, del que todos nosotros formamos parte -estoy seguro de que todos observamos lo mismo. Y está el aislamiento, no sólo el que tiene lugar en cada ser humano, sino el aislamiento de los grupos que se hallan amarrados a una creencia, a una fe, a alguna conclusión ideológica; esto sucede tanto en estados totalitarios como en los países democráticos con sus ideales. Los ideales, las creencias, los dogmas y los rituales están separando a la humanidad. Esto es lo que de hecho está sucediendo en el mundo exterior, y es el resultado de nuestro propio vivir psicológico interno. Somos seres humanos aislados, y el mundo exterior es creado por cada uno de nosotros.

Cada uno tiene su propia profesión particular, su propia creencia, sus propias conclusiones y experiencias a las que se aferró; por lo tanto, cada uno está aislándose a sí mismo. Esta actividad egocéntrica se expresa exteriormente como nacionalismo, como intolerancia religiosa -aun cuando ese grupo esté compuesto por setecientos millones de personas, como en el mundo católico. Y, al mismo tiempo, cada uno de nosotros se aísla a sí mismo de los demás.

Estamos creando un mundo dividido por el nacionalismo, que es una forma glorificada del espíritu tribal; cada tribu está dispuesta a matar a otra tribu por sus creencias, por su país, por sus intereses económicos. Todos conocemos esto; al menos aquellos que están informados, que escuchan la radio, que ven la televisión, leen los diarios, etc.

Están los que dicen que esto no puede cambiarse, que no hay posibilidad alguna de que esta condición humana sea transformada. Sostienen que el mundo ha proseguido así por miles y miles de años y que la causa de ellos se encuentra en la condición humana, y dicen que esa condición jamás podrá producir una mutación en sí misma. Esas personas afirman que puede haber modificaciones, ligeros cambios, pero que el hombre será siempre básicamente lo que es y, por tanto, siempre habrá de producir división en sí mismo y en el mundo. Y están aquellos que en todas partes abogan por las reformas sociales de diversas clases, pero que no han producido una profunda mutación fundamental en la conciencia humana. Este es el estado del mundo.

¿Y de qué modo miramos nosotros el mundo? Como seres humanos, ¿cuál es nuestra respuesta? ¿Cuál es nuestra verdadera relación, no sólo de uno con otro, sino con el mundo exterior? ¿Cuál es nuestra verdadera responsabilidad? ¿La dejamos en manos de los políticos? ¿Buscamos nuevos líderes, nuevos salvadores? Este es un problema muy serio que estamos considerando juntos. ¿O volvemos a las antiguas tradiciones, porque los seres humanos, incapaces de resolver este problema, regresan a las viejas y habituales tradiciones del pasado? Cuando más grande es la confusión en el mundo, mayor es el deseo y el impulso de retornar a las pasadas ilusiones y tradiciones, a los pasados líderes y a los que llamamos salvadores.

Por lo tanto, si somos conscientes de todo esto, como tenemos que serlo, ¿cuál es nuestra respuesta -no parcial sino total- a todo el fenómeno que tiene lugar en el mundo? ¿Debe uno considerar solamente su propia vida personal, cómo vivir en algún rincón una vida tranquila, serena, sin perturbaciones? ¿O se interesa uno en la existencia humana total, en la humanidad total? Si uno se interesa solamente en la propia vida particular, por dificultosa que sea, por limitada, triste o dolorosa que pueda ser, entonces uno no comprende que la parte pertenece al todo. Uno ha de mirar la vida, no la vida americana o la asiática, sino la vida como una totalidad. Ha de mirarla con una observación holística, que no es una observación particular, que no es la propia observación sino la observación que abarca la totalidad; es la visión holística de la vida.

Cada uno se ha estado interesando en sus propios problemas particulares -problemas de dinero, de falta de trabajo, de buscar la propia realización, de perseguir eternamente el placer. Sintiéndonos atemorizados, aislados, solitarios, deprimidos, apenados, hemos creado un salvador externo que nos transformará, que traerá la salvación para cada uno de nosotros. Esta ha sido, por dos mil años, la tradición en el mundo occidental; y en el mundo asiático se ha mantenido la misma cosa en símbolos y palabras diferentes, con diferentes conclusiones; pero es la misma búsqueda de la propia salvación individual, de la propia felicidad particular, de la solución para nuestros múltiples y complejos problemas personales. Y están los especialistas de diversas categorías, los especialistas psicológicos a los que acudimos para que nos resuelvan nuestros problemas. Y tampoco ellos han tenido éxito.

Tecnológicamente, los científicos han ayudado a reducir las enfermedades, a mejorar los medios de comunicación, pero también han incrementado el poder devastador de las armas bélicas -el poder de asesinar de un soplo a un número inmenso de personas. Los hombres de ciencia no van a salvar a la humanidad; ni lo harán los políticos, sean de oriente, de occidente o de cualquier otra parte del mundo. Los políticos buscan poder, posición, y juegan toda clase de tretas con el pensamiento humano. Y exactamente lo mismo ocurre en el llamado mundo religioso -la autoridad jerárquica, la autoridad del Papa, del arzobispo, del obispo y del sacerdote local en nombre de alguna imagen que ha creado el pensamiento.

Nosotros, los seres humanos aislados, separados, no hemos sido capaces de resolver nuestros problemas. Aunque seamos sumamente educados, ingeniosos, capaces de realizar cosas extraordinarias en lo externo, internamente seguimos siendo más o menos lo que hemos sido durante miles de años. Odiamos, competimos, nos destruimos unos a otros -que es lo que realmente está sucediendo en la actualidad. Ustedes han escuchado a los expertos hablar sobre alguna nueva guerra; no hablan de los seres humanos que habrán de morir, sino de destruir campos de aviación, de volar esto o aquello. Existe esta confusión total en el mundo, y uno está completamente seguro de que todos somos conscientes de ella. ¿Qué hemos de hacer, entonces? Como un amigo le dijo hace un tiempo a quien les habla: "Usted no puede hacer nada; se está dando de cabeza contra una pared. Las cosas continuarán como hasta ahora indefinidamente; seguiremos atrapados en múltiples formas de ilusión, luchando, compitiendo, destruyéndonos unos a otros. Esto habrá de continuar. No malgaste su tiempo y su vida". Dense cuenta ustedes de la tragedia del mundo, de los terribles sucesos que podrían tener lugar si algún loco oprimiera un botón, de la computadora que se está haciendo cargo de las capacidades humanas -pensando con mucha mayor exactitud y rapidez. ¿Qué va a ocurrir con el ser humano? Este es un enorme problema al que nos enfrentamos.

Desde la infancia, y a medida que pasamos por la escuela, el colegio y la universidad, nuestra educación está destinada a especializarnos de una manera u otra, a acumular muchísimos conocimientos, para después conseguir un empleo y aferrarnos a él por el resto de nuestra vida -yendo a la oficina de la mañana a la noche. Y, al final de todo ello, morimos. Ésta no es una actitud o una observación pesimista; es lo que realmente está ocurriendo. Cuando observamos ese hecho, no somos optimistas ni pesimistas; vemos que es así. Y si somos absolutamente serios y responsables, nos preguntamos: ¿Qué puede uno hacer? ¿Retirarse a un monasterio? ¿Formar alguna comunidad? ¿Largarse al Asia y perseguir la meditación zen o alguna otra variedad de meditación? Uno se formula estas preguntas muy seriamente. Cuando nos enfrentamos a esta crisis, vemos que es una crisis que está en la conciencia, no allá, fuera de nosotros. La crisis está dentro de uno mismo. Hay un dicho: "Hemos visto al enemigo, y el enemigo somos nosotros mismos".

La crisis no es una cuestión de economía ni de guerras; ni es cuestión de bombas, de políticos o de científicos; la crisis está dentro de nosotros, en nuestra propia conciencia. Hasta que comprendamos bien a fondo la naturaleza de esa conciencia, e inquiriendo profundamente en ella descubramos por nosotros mismos si puede haber una mutación total en esa conciencia, el mundo proseguirá creando más desdicha, más confusión, más horror. Nuestra responsabilidad no reside en alguna clase de acción altruista -política, social o económica- exterior a nosotros mismos; la responsabilidad consiste en comprender la naturaleza de nuestro ser, en descubrir por qué nosotros, los seres humanos -que vivimos en esta hermosa tierra- hemos llegado a ser lo que somos.

Aquí estamos tratando, juntos ustedes y quien les habla -no separados, juntos- de observar el movimiento de la conciencia y su relación con el mundo, y de ver si esa conciencia es individual, separada, o si es el total de la humanidad. Desde la infancia se nos educa para ser individuos, cada cual con un alma separada; o se nos ejercita, se nos educa y condiciona para que pensemos como individuos. Pensamos que porque cada uno de nosotros tiene un nombre separado, una forma separada -negro, blanco, alto, bajo- y cada uno tiene una tendencia particular, somos por eso individuos separados con nuestras propias experiencias particulares, etcétera. Vamos a cuestionar esa idea misma de que somos individuos. Eso no quiere decir que seamos alguna clase de seres amorfos, sino que nos preguntamos si realmente somos individuos, aunque todo el mundo sostenga, tanto religiosamente como de otros modos, que somos individuos separados.

A causa de ese concepto, y tal vez a causa de esa ilusión, cada uno está tratando de realizarse, de llegar a ser alguna cosa. En ese esfuerzo de llegar a ser alguna cosa, estamos compitiendo, luchando unos contra otros, de modo tal que si mantenemos ese sistema de vida, tenemos que continuar inevitablemente adheridos a las nacionalidades, al espíritu tribal, a la guerra. ¿Por qué nos aferramos al nacionalismo con tanta pasión -como está sucediendo ahora? ¿Por qué concedemos una importancia tan extraordinaria al nacionalismo -que en esencia es un sentimiento tribal? ¿Por qué? ¿Es porque al adherirnos a la tribu, al grupo, hay una cierta seguridad, una sensación interna de integridad, de plenitud? Si es así, entonces la otra tribu también siente lo mismo; en consecuencia, hay división y, por ende, conflicto, guerra. Si uno realmente ve la verdad de esto, no como algo teórico, y si quiere vivir sobre esta tierra -que es *nuestra* tierra, no de ustedes o mía- entonces no hay nacionalismo en absoluto. Sólo existe la vida humana; *la* vida -no mi vida o su vida. Y eso es vivir la totalidad de la vida. Esta tradición de la individualidad se ha perpetuado gracias a las religiones, tanto de oriente como de occidente: la salvación para cada individuo, etcétera.

Es muy bueno tener una mente que cuestiona, que no acepta; una mente que dice: "Ya no podemos vivir más así, de esta manera violenta, brutal". Una mente que duda, que inquiere, que no acepta meramente el sistema de vida que hemos vivido tal vez por cincuenta o sesenta años, o la manera en que el hombre ha

vivido durante miles de años. Por eso nos estamos preguntando si la individualidad es real. Mi conciencia, ¿es realmente 'mi' conciencia? -ser consciente significa darse cuenta, saber, percibir, observar. El contenido de la conciencia de cada uno de nosotros, incluye nuestras creencias, nuestros placeres, nuestras experiencias, el conocimiento particular que hemos acumulado, ya sea sobre un determinado tema externo o sobre nosotros mismos; ese contenido incluye nuestros temores y apegos, el tormento y la angustia de la soledad, el dolor, la búsqueda de algo más que la mera existencia física; todo eso es el contenido de la conciencia de cada uno de nosotros. El contenido constituye la conciencia; sin el contenido no existe la conciencia tal como la conocemos. Aquí no caben argumentos; *es* así. Ahora bien; ¿la conciencia de uno mismo -que es muy compleja, contradictoria, que está dotada de una vitalidad tan extraordinaria- es 'de uno mismo'? ¿El pensamiento, es de uno mismo? ¿O sólo existe el pensar, que no es de Oriente ni de Occidente -el pensar, que es común a toda la humanidad, sea que pertenezca al rico o al pobre, al técnico con su capacidad extraordinaria o al monje que se aparta del mundo y se consagra a una idea?

Por dondequiera que uno vaya, ve sufrimiento, pena, ansiedad, aislamiento, locura, miedo, búsqueda afanosa de seguridad; ve que la gente está atrapada en el conocimiento y el impulso del deseo. Todo ello pertenece al suelo en que está parado el ser humano. La conciencia de uno, es la conciencia del resto de la humanidad. Esto es lógico. Ustedes pueden disentir; pueden decir, "mi conciencia está separada de las demás y tiene que estar separada". Pero, ¿es así? Si uno comprende la naturaleza de esto, entonces ve que uno es el resto de la humanidad. Puede tener un nombre diferente, puede vivir en una determinada parte del mundo y ser educado de un modo particular, puede ser opulento o pobre, pero cuando uno mira detrás de la máscara, profundamente, ve que uno es como el resto de la humanidad -está afligido, desesperado, solo, lleno de sufrimiento neurótico, cree en alguna ilusión, etc., etc. Esto es así, tanto en Oriente como en Occidente. A uno puede no gustarle eso; quizá prefiera pensar que es por completo independiente, un individuo libre; pero cuando observa muy profundamente, ve que uno es el resto de la humanidad.

Esto puede aceptarse como una idea, una abstracción, o como un concepto maravilloso; pero la idea no es la realidad. Una abstracción no es lo que realmente está ocurriendo. Pero hacemos una abstracción de 'lo que es', lo convertimos en una idea, y después perseguimos la idea que es realmente no-factual. Por lo tanto, si el contenido de mi conciencia y el de la conciencia de cada uno de ustedes, es en sí mismo contradictorio, confuso -una parte luchando contra otra, un hecho contra un no-hecho, el deseo de ser feliz siendo desdichado, el deseo de vivir sin violencia siendo, no obstante, violento- entonces nuestra conciencia es el desorden en sí misma. Ésa es la raíz de la disensión. Hasta que comprendamos eso e investigándolo bien a fondo descubramos el orden total, siempre tendremos desorden en el mundo. De ahí que a una persona seria no se la disuade fácilmente de buscar con afán la comprensión, de dedicarse a inquirir profundamente en sí misma, en su conciencia; no se la persuade fácilmente con la diversión y el entretenimiento -que quizá sea necesario a veces-; esa persona prosigue firmemente, todos los días, penetrando en la naturaleza del hombre, o sea, en su propia naturaleza, observando lo que realmente ocurre dentro de ella misma. La acción tiene lugar a partir de esa observación. No se trata de decir: "¿Qué debo hacer como un ser humano separado?"; esa acción surge de la total observación holística de la vida.

La observación holística es una percepción sana, cuerda, racional, lógica y total -total (*whole*) implica sagrada (*holy*). ¿Es posible para un ser humano como cualquiera de nosotros, que es un lego, que no es un especialista, es posible para él mirar la contradictoria y confusa conciencia, mirarla como una totalidad? ¿O debe mirar cada parte de ella separadamente? Uno quiere comprenderse a sí mismo, comprender la propia conciencia. Sabe desde el comienzo mismo que es muy contradictoria -quiere una cosa y no quiere la otra; dice una cosa y hace otra. Y uno sabe que las creencias separan al hombre. Uno cree en Jesús, en Krishna o en alguna cosa, o cree en la propia experiencia a la que se aferra, incluyendo el conocimiento que uno ha acumulado durante los cuarenta o sesenta años de su vida, el cual se ha vuelto extraordinariamente importante. Uno se aferra a eso. Reconoce que la creencia destruye y divide a la gente y, sin embargo, no puede renunciar a ella porque la creencia tiene una extraña vitalidad. Nos proporciona cierta sensación de seguridad. Uno cree en Dios, y en eso hay una fuerza extraordinaria. Pero Dios es una invención del hombre; es la proyección de nuestro propio pensamiento, el opuesto de nuestras propias exigencias internas, de nuestra propia desesperación.

¿Por qué ha de tener uno creencias en absoluto? Una mente que se halla mutilada por la creencia, es una mente enferma. Es necesario liberarse de eso. ¿Puede uno, entonces, ahondar profundamente en su propia conciencia -sin ser persuadido ni guiado por psicólogos, psiquiatras, etcétera? ¿Pueden ustedes inquirir profundamente en sí mismos y descubrir, de manera tal que no dependan de nadie incluyendo a quien les habla? Al inquirir de ese modo, ¿cómo hemos de reconocer las intrincaciones, las contradicciones, el movimiento total de la conciencia? ¿Hemos de reconocerlo poco a poco? Tomen, por ejemplo, la herida

psicológica que cada ser humano experimenta desde la infancia. Uno es lastimado psicológicamente por sus padres; después ocurre lo mismo en la escuela, en la universidad, a causa de la comparación, de la competencia, de que se nos diga que uno tiene que ser superior a otros en tal o cual materia, y así sucesivamente. Durante toda la vida existe este constante proceso de ser lastimados. Sabemos esto, y sabemos que todos los seres humanos se hallan profundamente heridos, aunque puedan no ser conscientes de ello y de que, a causa de estas heridas psicológicas, surgen todas las formas de acción neurótica. Todo eso forma parte de la conciencia de cada uno de nosotros; está la parte oculta y la parte que se revela cuando nos damos cuenta de que estamos lastimados. Ahora bien; ¿es posible no quedar lastimados en absoluto? Porque como consecuencia de esas heridas psicológicas, construimos un muro alrededor de nosotros mismos y nos apartamos de nuestra relación con los demás a fin de que no se nos vuelva a lastimar. Y en eso hay temor y un paulatino aislamiento. Nos preguntamos, pues: ¿Es posible no sólo estar libres de las heridas pasadas, sino que jamás pueda herírsenos nuevamente? -pero no mediante la insensibilidad, la indiferencia o el completo descuido de nuestras relaciones. Uno debe investigar por qué se siente lastimado, y qué es sentirse lastimado. Estas heridas psicológicas forman parte de la conciencia de cada uno de nosotros, y de ellas emanan diversas acciones neuróticas y contradictorias. Uno está examinando la herida psicológica del mismo modo que examina la creencia. No es algo que está fuera de nosotros, sino que forma parte de nosotros mismos. Entonces, ¿qué es lo que se siente lastimado? Y, ¿es posible no ser lastimados jamás? ¿Es posible que uno sea un ser humano libre, totalmente libre, al que jamás nada pueda herirlo psicológicamente, internamente?

¿Qué es lo que se siente lastimado? Uno dice: "Soy yo el que está lastimado". ¿Qué es ese 'yo'? Desde la infancia uno ha construido una imagen de sí mismo. Uno tiene muchas, muchas imágenes; no sólo las imágenes que la gente le da a uno, sino las que uno mismo ha fabricado; como americano -ésa es una imagen- o como hindú, o como especialista... Por lo tanto, el 'yo' es la imagen que uno ha fabricado de sí mismo como una gran persona o como una persona muy buena, y esta imagen es la que queda lastimada. Uno puede tener de sí mismo la imagen de un gran orador, un escritor, un ser espiritual, un líder. Estas imágenes son la esencia del 'sí mismo'; cuando uno dice que se siente lastimado, quiere decir que las imágenes están lastimadas. Si uno tiene una imagen de sí mismo, y viene otro y le dice: " ¡No sea necio!", uno queda lastimado. La imagen propia que uno ha fabricado de no ser un necio, es el 'yo', y esa imagen queda lastimada. Uno carga con esa imagen y con esa herida psicológica por el resto de su vida -siempre cuidadoso de que no se le lastime, rechazando cualquier insinuación sobre esta necedad en uno.

Las consecuencias de sentirnos lastimados son muy complejas. A causa de esa herida psicológica, uno puede querer realizarse y llegar a ser esto o aquello para escapar de esa terrible herida; de modo que eso ha de comprenderse. ¿Es, entonces, posible no tener en absoluto imagen alguna de uno mismo? ¿Por qué tiene uno imágenes de sí mismo? Otro puede tener una muy buena apariencia, puede ser brillante, inteligente, perspicaz, y uno desea ser como él; y si no lo es, se siente lastimado. La comparación puede ser uno de los factores que contribuyen a que quedemos psicológicamente lastimados. Entonces, ¿por qué comparamos?

¿Puede uno vivir la vida en el mundo moderno, sin una sola imagen? Quien les habla puede decir que eso es posible. Pero se requiere mucha energía para descubrir si es posible no quedar lastimado jamás y, además de eso, si es posible vivir una vida en la que no haya ni una sola creencia; porque son las creencias las que dividen a los seres humanos y hacen que estos se destruyan unos a otros. ¿Puede uno, pues, vivir sin una sola creencia y no tener jamás una imagen de sí mismo? Ésa es la verdadera libertad

Si uno tiene una imagen de sí mismo y lo llaman necio, es posible prestar una atención total a esa afirmación en el momento que se formula; porque cuando uno tiene una imagen de sí mismo y lo llaman necio, la reacción se produce instantáneamente. Como la reacción es inmediata, uno presta atención a esa inmediatez. O sea, que uno escucha muy claramente la insinuación de que es un necio, la escucha muy atentamente; cuando uno escucha con atención completa, no hay reacción. Es la falta de un escuchar agudo y sensible, la que hace surgir la imagen y, por ende, la reacción. Supongamos que tengo una imagen de mí mismo porque he viajado por todo el mundo, etcétera. Viene alguien y dice: "Mire, viejo, usted no es tan bueno como el otro gurú, o el otro líder, o algún otro maestro, algún otro necio; usted mismo es un necio". Yo escucho eso completamente, concedo atención completa a lo que se dice. Cuando hay atención total, no se forma un centro. Es sólo la inatención lo que crea el centro. Una mente que ha sido descuidada, un cerebro confuso, alterado, neurótico que jamás se ha enfrentado a nada, que nunca se ha exigido la máxima capacidad, ¿puede prestar una atención total semejante? Cuando hay atención total a la afirmación de que uno es un necio, ésta ha perdido completamente toda significación. Porque cuando hay atención, no existe un centro que esté reaccionando.

1º. de mayo de 1982

8
SAANEN

Por lo visto, siempre nos interesamos en los efectos; psicológicamente, tratamos siempre de cambiar o modificar estos efectos o resultados. Jamás investigamos bien a fondo la causa de estos efectos. Todos nuestros modos de pensar y actuar tienen una causa, un fundamento, una razón, un motivo. Si la causa terminara, entonces, ¿qué hay más allá?

Uno espera que ustedes no se opondrán a que se les recuerde que quien les habla es completamente anónimo, que no es importante. Lo importante es que descubran por ustedes mismos si lo que se dice es verdadero o falso, y eso depende de la inteligencia. Inteligencia es el descubrimiento de lo falso y su rechazo total. Por favor, recuerden que juntos, en cooperación, estamos investigando, examinando, explorando en estos problemas. Quien les habla no está explorando él solo, sino que ustedes están explorando con él. No es cuestión de que le sigan, él no está investido de ninguna autoridad. Esto tiene que decirse una y otra vez, porque la mayoría de nosotros tiene la tendencia a seguir, a aceptar especialmente a aquellos que uno cree que son de algún modo diferentes o espiritualmente avanzados -todo ese disparate. Así que, por favor, si a uno se le permite repetir esto nuevamente: nuestras mentes y nuestros cerebros están condicionados para seguir -tal como seguimos a un profesor en la universidad; él nos informa y nosotros aceptamos porque ciertamente él conoce más de su asignatura de lo que nosotros tal vez conocemos- pero aquí no se trata de eso. Quien les habla no está informándoles ni instándoles a que acepten esas cosas que él dice, sino que más bien debemos investigar juntos y en cooperación estos problemas humanos que son muy complejos, que requieren mucha observación y mucha energía y estudio. Pero si ustedes meramente lo siguen, sólo están siguiendo la imagen que han creado de él o del significado simbólico de las palabras. Así que, por favor, tengan presentes todos estos hechos.

Vamos a investigar juntos qué es la inteligencia. La actividad de la inteligencia, ¿es el pensamiento, es nuestro pensar, el modo en que actuamos, todo el mundo social, moral -o inmoral- en que vivimos? Uno de los factores de la inteligencia es el de explorar y descubrir; explorar en la naturaleza de lo falso, porque en la comprensión de lo falso, en el descubrimiento de lo que es ilusión, está la verdad, que es inteligencia.

La inteligencia, ¿tiene una causa? El pensamiento tiene una causa. Uno piensa porque posee experiencias pasadas, información y conocimiento acumulado a través del tiempo. Ese conocimiento nunca es completo, tiene que marchar junto con la ignorancia, y de este suelo del conocimiento con su ignorancia, nace el pensamiento. El pensamiento, por fuerza tiene que ser parcial, limitado, fragmentado, porque es el producto del conocimiento, y el conocimiento jamás puede ser completo. El pensamiento, pues, tiene que ser siempre incompleto, insuficiente, limitado. Y nosotros utilizamos ese pensamiento sin reconocer su limitación; vivimos creando permanentemente pensamientos y rindiendo culto a las cosas que el pensamiento ha creado. El pensamiento ha creado las guerras y los instrumentos de la guerra y el terror de la guerra. El pensamiento ha creado todo el mundo tecnológico. ¿Es, entonces, inteligente el pensamiento, es inteligente la actividad del pensamiento, que consiste en comparar, identificar, realizar, buscar satisfacción, seguridad -que son todos resultados del pensar? El pensamiento se mueve del pasado al presente y al futuro -que es el movimiento del tiempo- y el pensamiento tiene su propia astucia, con su capacidad de adaptarse como ningún animal puede hacerlo, excepto el ser humano.

Por lo tanto, en el pensamiento hay causalidad, es obvio. Uno desea construirse una casa, desea conducir un automóvil; uno quiere ser poderoso, muy conocido; uno es torpe, pero será inteligente, logrará cosas, se realizará... Todo eso es el movimiento del centro, desde el cual surge el pensamiento. ¡Es tan obvio! A través de lo obvio, nosotros vamos a penetrar en lo que quizá sea difícil. Pero primero tenemos que ser muy claros con respecto a lo obvio. Existen una causa y un efecto, un efecto que puede ser inmediato o pospuesto. El movimiento desde la causa al efecto, es tiempo. En el pasado uno ha hecho algo incorrecto; el efecto de eso puede ser que uno pague por ello inmediatamente, o tal vez cinco años más tarde. Está la causa seguida por un efecto; el intervalo, sea de un segundo o de años es el movimiento del tiempo. Pero la inteligencia, ¿es el movimiento del tiempo? Considérenlo, examínenlo, porque ésta no es una clarificación verbal o una explicación verbal; perciban, pues, la realidad de ello, la verdad de ello.

Vamos a investigar los diversos aspectos de nuestro vivir cotidiano -no algún concepto utópico, o alguna conclusión ideológica conforme a la cual habremos de actuar. Estamos investigando nuestras vidas, nuestras

vidas que son las vidas de toda la humanidad; no es mi vida o la vida de ustedes; la vida es un movimiento tremendo, y en ese movimiento hemos separado partes a las que llamamos 'yoes' individuales.

Estamos diciendo que donde hay una causa, al efecto puede ponérsele fin con el cese de la causa. Si uno tiene tuberculosis, ésa es la causa de que uno tosa y pierda sangre; esa causa puede curarse y el efecto desaparecerá. Toda nuestra vida es el movimiento de causa y efecto; usted me adula, eso me encanta y yo le adulo a usted. Usted me dice algo desagradable, yo lo odio. En todo este movimiento hay causa y efecto. Por supuesto. Y nos preguntamos: ¿Hay una vida, una forma de vivir en que no exista la causalidad? Pero primero tenemos que comprender las implicaciones de lo que es terminar con algo. Uno termina con la ira o la codicia a fin de lograr alguna otra cosa; ese terminar conduce a una nueva causa. ¿Qué es terminar con algo? ¿Es una continuación el terminar? Uno termina con algo y empieza alguna otra cosa -que es otra forma de la misma cosa. Para investigar esto bien a fondo, uno ha de comprender el conflicto de los opuestos, el conflicto de la dualidad. Uno es codicioso, y por diversas razones de orden económico o social, tiene que terminar con la codicia. En la terminación de la codicia, uno desea alguna otra cosa, que entonces es una causa. Esa otra cosa es el resultado de la codicia. Al terminar con la codicia, la hemos reemplazado meramente por algo más. Uno es violento por naturaleza; la violencia ha sido heredada del animal. Uno desea termina con la violencia porque siente que es demasiado estúpida. Al tratar de terminar con la violencia, uno está tratando de encontrar un campo que sea no-violento, que no contenga ni un vestigio de violencia. Pero uno no ha terminado con la violencia, sólo ha trasladado ese sentimiento a otro sentimiento, pero el principio es el mismo.

Si examinamos esta cuestión muy detenidamente, muy profundamente, ello influirá en nuestra vida cotidiana; puede significar el cese del conflicto. Nuestra vida está en conflicto, nuestra conciencia está en conflicto, es confusa, contradictoria. Nuestra conciencia es el resultado del pensamiento. El pensamiento se halla supeditado a la causalidad, nuestra conciencia se halla supeditada a la causalidad. Uno observa que toda nuestra compleja vida con sus contradicciones, su imitación, y su conformidad, sus diversas conclusiones con sus opuestos, es toda ella un movimiento de causalidad. ¿Puede uno terminar con esa causalidad mediante el ejercicio de la voluntad, mediante el deseo de tener una vida ordenada? Si es así, entonces esa vida tiene su origen en la causalidad -porque uno es desordenado. Descubrir el desorden que impera en la propia vida y desear tener una vida ordenada, está dentro de la cadena de la causalidad; uno ve, por lo tanto, que de ese modo la vida no será ordenada.

¿Qué es el orden? Existe, obviamente, el orden de la ley, que se basa en diversas experiencias, juicios, necesidades, conveniencias, a fin de refrenar a los que actúan nocivamente. Eso que llamamos el orden social, el orden ético, el orden político, tiene esencialmente una base causal Ahora nos preguntamos: En lo interno, en lo psicológico, ¿tiene el orden una causa? ¿Reconocemos, vemos que nuestras vidas son desordenadas, contradictorias, conformistas, que vivimos siguiendo a otros, aceptándolos, negando lo que tal vez deseamos y admitiendo alguna otra cosa? El conflicto entre los diversos opuestos es desorden. Debido a que aceptamos una forma de pensamiento como si fuera el orden, pensamos que su opuesto es el desorden. El opuesto puede crear desorden, y así vivimos siempre dentro del campo de estos opuestos. Por lo tanto, ¿el desorden cesará completamente en nuestras vidas si queremos el orden? Uno desea vivir en paz, tener una vida agradable con buena compañía y todo eso; ese deseo nace del desorden. La causa del opuesto es su propio opuesto. Uno odia y no debe odiar; por consiguiente, trata de no odiar; el no odiar es el resultado del odio que uno experimenta. Si no hay odio, no existe el opuesto.

El pensamiento ha creado el desorden. Veamos ese hecho. El pensamiento ha creado el desorden en el mundo a causa del nacionalismo, de las creencias -uno es judío, otro es árabe, uno cree y otro no cree. Esas son todas actividades del pensamiento, que en sí mismo es divisivo; no puede traer unidad porque se halla fragmentado en sí mismo. Lo que está fragmentado no puede ver lo total. Uno descubre que la propia conciencia se encuentra enteramente en desorden, y uno desea el orden esperando que con eso cesará el conflicto. Existe un motivo; ese motivo es la causa de que yo desee tener una vida ordenada. El deseo de orden nace del desorden. Ese orden deseado perpetúa el desorden que es lo que ocurre en el campo político, en el religioso y en otros campos.

Entonces uno ve la causa del desorden, y no se aleja del desorden. Ve la causa de ello, que uno es contradictorio, que es iracundo; uno ve la confusión. Ve la causa, y no escapa de la causa o el efecto. Uno mismo es la causa y uno mismo es el efecto. Uno ve que es la causa, y que las cosas que suceden son uno mismo. Cualquier movimiento que nos aleja de eso, es para perpetuar el desorden. ¿Existe, entonces, un cese sin un futuro? ¿Un terminar con 'lo que es', sin que en ello esté involucrado el futuro? Cualquier futuro proyectado por mi exigencia de orden, sigue siendo la continuación del desorden. ¿Existe una observación de mi desorden y un cese del mismo sin que intervenga causa alguna?

Uno es violento. Hay violencia en todos los seres humanos. La causa de esa violencia es esencialmente un movimiento egocéntrico. Otro también es violento porque es egocéntrico. Por lo tanto, entre nosotros hay una batalla. El pensamiento persigue la no-violencia -que es una forma de violencia. Si uno ve eso muy claramente, entonces sólo se interesa en la violencia. La causa de esa violencia puede hallarse en tantas exigencias contradictorias, en tantas presiones, etc. Existen, pues, muchas causas, y una causa de la violencia es el yo. El yo posee múltiples aspectos, se oculta detrás de muchas ideas; 'yo' soy un idealista porque eso me gusta y deseo trabajar por ese ideal; pero al trabajar por ese ideal, 'yo' me vuelvo más y más importante, y encubro eso con el ideal; el propio escapar de mí mismo, forma parte de mí mismo. Todo ese movimiento es la causa de la violencia. Un idealista quiere matar a otros porque piensa que matándolos puede haber un mundo mejor -ya saben ustedes todo lo que ocurre.

Nuestra vida se halla condicionada por muchas causas. ¿Hay un modo de vivir psicológicamente sin una sola causa? Por favor, investiguen esto. Es una investigación maravillosa; incluso la formulación de esta pregunta exige cierta búsqueda profunda. Deseamos tener seguridad; por lo tanto, seguimos a un gurú. Podemos ponernos sus vestiduras o copiar lo que él dice, pero en el fondo, lo que queremos es estar seguros. Nos adherimos a alguna idea, a alguna imagen. Pero esa imagen, la idea, la conclusión, el gurú, jamás pueden traernos seguridad. Por consiguiente, uno ha de investigar la seguridad. Internamente, ¿existe algo como la seguridad? Debido a que nos sentimos inseguros, confundidos, y otro dice que no está confundido, nos aferramos a él. Lo que necesitamos es encontrar alguna clase de paz, de esperanza, alguna clase de tranquilidad en nuestra vida. Él no es importante, pero nuestro deseo si es importante. Haremos cualquier cosa que quiera aquel a quien nos aferramos, y nos convertiremos en sus seguidores. Somos lo bastante tontos como para hacer todo eso, pero cuando investigamos la causa de ello, descubrimos en lo profundo que lo que deseamos es ser protegidos, sentirnos seguros. Ahora bien; en lo psicológico, ¿puede jamás haber seguridad? La pregunta misma implica un llamado a la inteligencia. El sólo formular esa pregunta, *es* un efecto de la inteligencia. Pero si decimos que siempre hay seguridad en nuestro símbolo, en nuestro salvador, en esto o en aquello, entonces no nos apartaremos de ahí. Pero si comenzamos a inquirir, a preguntarnos: ¿Existe la seguridad...? En consecuencia, si hay una causa para la seguridad, ésta no es segura, porque el deseo de seguridad es el opuesto de la seguridad.

¿Tiene el amor una causa? Dijimos que la inteligencia no tiene causa -es inteligencia, no la inteligencia de ustedes o mi inteligencia. Es luz. Cuando hay luz, no es mi luz o la luz de ustedes. El sol no es el sol de ustedes o mi sol; es la claridad de la luz. ¿Tiene el amor una causa? Si no la tiene, entonces el amor y la inteligencia marchan juntos. Cuando uno dice a su esposa o a su amiga, "Yo te amo", ¿qué significa eso? Amamos a Dios. Nada sabemos acerca de ese ser y lo amamos; debido a que hay miedo, existe una demanda interna de seguridad, y el peso inmenso de la tradición y de los libros 'sagrados' nos alienta a amar aquello acerca de lo que nada sabemos. Entonces uno dice: "Yo creo en Dios". Pero si uno descubre que la inteligencia es la seguridad total, y que el amor es algo que está más allá de toda causa, lo cual es orden, entonces el universo está abierto -porque el universo es orden.

Examinemos esta cuestión de lo que es una relación inteligente -no la relación del pensamiento con su imagen. Nuestros cerebros son mecánicos, mecánicos en el sentido de que son repetitivos, de que nunca son libres; siempre están esforzándose dentro del mismo campo, pensando que son libres porque se mueven de un rincón a otro de ese mismo campo, lo cual implica opción- y el cerebro piensa que esa opción es libertad, que es simplemente la misma cosa. Nuestro cerebro, que se ha desarrollado a través de los siglos, de la tradición, de la conformidad, del ajuste, se ha vuelto mecánico. Puede que haya partes en el cerebro que sean libres, pero uno no lo sabe, de modo que no afirmen eso. No digan: "Si, hay una parte en mí que es libre"; eso no tiene sentido. Permanece el hecho de que el cerebro se ha vuelto mecánico, tradicional, repetitivo, y de que posee su propia astucia, su propia capacidad de adaptarse, de discernir. Pero también está dentro de un área limitada y se halla fragmentado. El pensamiento tiene su residencia en las células físicas del cerebro.

El cerebro se ha vuelto mecánico, como cuando decimos, por ejemplo: "Yo soy cristiano" o, "Yo no soy cristiano"; "yo soy hindú; yo creo; yo tengo fe; yo no tengo fe" -es todo un proceso mecánico y repetitivo, una reacción a otra reacción y así sucesivamente. El cerebro humano, estando condicionado, tiene su propia inteligencia artificial, mecánica -igual que una computadora. Nos quedaremos con esa expresión: inteligencia mecánica. (Miles y miles de millones de dólares se gastan para descubrir si una computadora puede operar exactamente como lo hace el cerebro). El pensamiento -que se origina en la memoria, en el conocimiento almacenado en el cerebro- es mecánico. Puede tener la capacidad de inventar, pero sigue siendo mecánico -la invención es por completo diferente de la creación. El pensamiento trata de descubrir un modo de vida diferente, o un orden social diferente. Pero cualquier descubrimiento de un orden social que el pensamiento pueda hacer, sigue estando dentro del campo de la confusión. Y nosotros nos preguntamos: ¿Hay una

inteligencia que no tenga causa y que pueda actuar en nuestras relaciones -no el estado mecánico de relación que ahora existe?

Nuestras relaciones son mecánicas. Tenemos ciertas urgencias biológicas y las satisfacemos. Necesitamos ciertas comodidades, alguna compañía porque nos sentimos solos o deprimidos y, al aferrarnos a otro, pensamos que tal vez esa depresión desaparecerá. Pero en nuestra relación con otro, íntima o de otra clase, siempre hay una causa, un motivo, una base desde la cual establecemos la relación. Eso es mecánico. Ha estado sucediendo por milenios; parece como si siempre hubiera existido un conflicto, una batalla constante entre el hombre y la mujer, cada cual persiguiendo su propio curso de acción y sin encontrarse jamás, como dos vías férreas. Esta relación es siempre limitada, porque proviene de la actividad del pensamiento, que en sí mismo es limitado. Dondequiera que haya limitación, tiene que haber conflicto. En cualquier forma de asociación -uno pertenece a este grupo y otro pertenece a un grupo diferente- hay reclusión, aislamiento; donde hay aislamiento tiene que haber conflicto. Ésta es una ley, no inventada por quien les habla; es obviamente así. El pensamiento está siempre dentro de la limitación y, en consecuencia, está aislándose a sí mismo. Por lo tanto, en la relación donde impera la actividad del pensamiento, tiene que haber conflicto.

Vean la realidad de este hecho, no como una idea sino como algo que está sucediendo en la actividad de nuestra vida cotidiana -divorcios, disputas, celos, odio del uno hacia el otro; ya conocen ustedes toda esa desdicha. La esposa quiere causarle daño a uno porque está celosa, y uno también siente celos de ella -son todas reacciones mecánicas, la repetitiva acción del pensamiento que origina conflicto en la relación. Ese es un hecho. Ahora bien, ¿cómo abordan ustedes ese hecho? Aquí hay un hecho: riño con mi esposa. Ella me odia, y también existe mi respuesta mecánica, yo la odio. Descubro que es el recuerdo de las cosas que han sucedido y que se hallan almacenadas en el cerebro, el que continúa día tras día. Veo que todo mi pensar es un proceso de aislamiento -y que ella también se aísla. Ninguno de nosotros descubre la verdad del aislamiento.

Ahora bien, ¿cómo miran ustedes ese hecho? ¿Qué van a hacer con ese hecho? ¿Cuál es la respuesta de ustedes? ¿Se enfrentan a este hecho con un motivo, con una causa? Sean cautos, no digan: "Mi esposa me odia", y oculten con eso el hecho de que ustedes también la odian, que ella les desagrada, que no quieren estar con ella -porque ambos están aislados. Uno es ambicioso por una cosa, y ella lo es por otra cosa. De modo que la relación de ambos opera en el aislamiento. ¿Abordan ustedes el hecho con una explicación, con una causa, que son todos motivos? ¿O lo abordan sin un motivo, sin una causa? Cuando lo abordan sin una causa, ¿qué ocurre entonces? Obsérvenlo. Tengan la bondad de no saltar a alguna conclusión, observen el hecho en sí mismos. Antes han abordado este problema mecánicamente, con un motivo, con alguna razón, con una base desde la cual actuaban. Ahora ven la tontería que implica una acción semejante, porque ésta es el resultado del pensamiento. ¿Existe, pues, una manera de abordar el hecho sin que intervenga un solo motivo? O sea, usted no tiene un motivo, y puede que su esposa si tenga un motivo. Entonces, si usted no tiene un motivo, ¿cómo está mirando el hecho? El hecho no es diferente de usted, usted es el hecho. Usted es la ambición, es el odio, usted depende de alguien -usted *es* eso. *Hay* una observación del hecho que es usted mismo, en la cual no interviene ninguna clase de explicación, ningún motivo. ¿Es eso posible? Si no se observa de ese modo, usted vive perpetuamente en conflicto. Y tal vez afirme que ésa es la manera en que hay que vivir. Si acepta que ésa es la manera de vivir, es cosa suya, es su elección. Su cerebro, su tradición y el hábito, le dicen que ello es inevitable. Pero cuando usted ve el absurdo de una aceptación semejante, entonces está obligado a ver que todo este tormento es usted mismo; el enemigo es usted, no su esposa.

Usted se ha encontrado con el enemigo y ha descubierto que el enemigo es usted mismo. ¿Puede, pues, observar todo este movimiento del 'yo', del 'sí mismo', y la tradicional aceptación de que usted está separado de los demás -lo cual se vuelve tonto cuando uno examina todo el campo que es la conciencia de la humanidad? Usted ha llegado así a un punto en la comprensión de lo que es la inteligencia. Dijimos que la inteligencia carece de causa, como el amor carece de causa. Si el amor tiene una causa, obviamente no es amor. Si usted es 'inteligente' como para ser empleado por el gobierno, o es 'inteligente' porque comprende mi razonamiento, eso no es inteligencia, es capacidad. La inteligencia no tiene causa. Por lo tanto, vea si se mira a sí mismo con una causa. ¿Está mirando este hecho de que usted piensa, trabaja, siente en aislamiento, y de que el aislamiento inevitablemente tiene que engendrar conflicto perpetuo? Ese aislamiento es usted mismo; usted es el enemigo. Cuando uno se mira a sí mismo sin un motivo, ¿hay 'yo'? -el yo como la causa y el efecto, el yo como el resultado del tiempo que es el movimiento de la causa al efecto. Cuando usted se mira a sí mismo, cuando al mirar este hecho lo hace sin una causa, hay algo que termina y hay algo totalmente nuevo que comienza.

15 de julio de 1982

9
BROCKWOOD PARK

Consideren ustedes lo que está sucediendo sobre esta tierra donde el hombre ha producido un caos semejante, donde continúan las guerras y otras cosas terribles. Este no es un enfoque pesimista ni optimista; es un simple mirar los hechos tal como son. Aparentemente, es imposible tener paz en esta tierra, o vivir nuestras vidas de modo que haya entre unos y otros amistad y afecto. Hace falta una gran inteligencia para vivir en paz con uno mismo y con el mundo. No se trata simplemente de tener el concepto de la paz y de esforzarse por vivir una vida pacifica -que puede volverse meramente una vida más bien vegetativa- sino de investigar si es posible vivir en este mundo donde impera tal desorden, tal iniquidad -si es que podemos usar esa palabra algo anticuada- con cierta cualidad interna de paz en la mente y el corazón. No una vida que es un perpetuo batallar en conflicto, en competencia, en imitación y conformidad; no una vida satisfecha o realizada; no una vida que ha logrado algún éxito, cierta fama, cierta notoriedad o riqueza material, sino una vida que posea en si una cualidad de paz. Debemos investigar esto juntos para descubrir si es de algún modo posible tener una paz semejante; no sólo una paz mental, que es meramente una parte pequeña, sino esta peculiar condición de serena aunque tremendamente activa calma, con un sentido de dignidad y sin sentimiento alguno de vulgaridad. ¿Puede uno vivir una vida semejante?

¿Nos hemos formulado alguna vez una pregunta de esta naturaleza, rodeados como estamos por un desorden total? Uno tiene que ser muy claro acerca de este hecho; de que exteriormente impera un desorden total -cada mañana leemos en los diarios noticias sobre algo terrible, sobre aeronaves que pueden viajar a una velocidad asombrosa de un extremo a otro de la tierra sin reabastecerse de combustible y transportando un gran peso en bombas y gases que pueden destruir al hombre en pocos segundos. Si observamos todo esto y nos damos cuenta a qué extremo ha llegado el hombre, quizá sintamos que al formularnos esta pregunta nos hemos formulado lo imposible, y digamos que uno no puede de ningún modo vivir en este mundo sin estar internamente alterado, sin problemas; que no puede vivir una existencia por completo libre de egocentrismo. Hablar acerca de esto, utilizar palabras, tiene muy poco significado a menos que, al comunicarnos unos con otros, descubramos o demos con un estado de total y absoluta quietud. Ello requiere inteligencia, no fantasía, no algún ensueño peculiar llamado ‘meditación’, no alguna forma de autohipnosis, sino inteligencia.

¿Qué es inteligencia? Inteligencia es percibir lo ilusorio, lo falso, lo irreal, y descartarlo; no afirmar meramente que es falso y continuar en lo mismo, sino descartarlo por completo. Eso forma parte de la inteligencia. Ver, por ejemplo, que el nacionalismo, con todo su patriotismo, su aislamiento, su estrechez de ideas, es destructivo, que es un veneno en el mundo. Y ver la verdad de ello, es descartar lo falso. Eso es inteligencia. Pero continuar con el nacionalismo reconociéndolo como estúpido, es esencialmente parte de la estupidez y el desorden -y crea más desorden. Inteligencia no es la ingeniosa búsqueda de argumentos, de opiniones contradictorias que se oponen unas a otras -como si por medio de opiniones pudiera encontrarse la verdad, lo cual es imposible- sino que es la comprensión de que el pensamiento con todas sus capacidades, con todas sus sutilezas, con su extraordinaria e incesante actividad, no es inteligencia. La inteligencia está más allá del pensamiento.

Para vivir pacíficamente, uno tiene que examinar el desorden. ¿Por qué nosotros, los seres humanos, que supuestamente hemos evolucionado de una manera extraordinaria, que somos extraordinariamente capaces en ciertas direcciones, por qué toleramos semejante desorden en nuestras vidas cotidianas y vivimos con él? Si uno puede descubrir la raíz de este desorden, su causa, y observarla cuidadosamente, entonces en la observación misma de la causa del desorden, está el despertar de la inteligencia. En la observación del desorden, no en el esfuerzo por producir orden. Una mente confusa y desordenada, un estado mental contradictorio, aunque se esfuerce por producir orden, seguirá siendo el desorden. Estamos confundidos, nos sentimos inseguros, vamos de una cosa a otra cargando múltiples problemas; y de un modo de vivir semejante queremos obtener orden. Lo que entonces parece ser orden, surge de nuestra propia confusión y, por lo tanto, sigue siendo confuso.

Cuando esto está claro, ¿cuál es, entonces, la causa del desorden? Éste tiene muchas causas; el deseo de realización personal, la ansiedad de no realizarse, la vida contradictoria que uno vive, diciendo una cosa y haciendo algo por completo diferente, tratando de suprimir una cosa y de lograr otra. Éstas son todas las contradicciones internas. Uno puede encontrar muchas causas, la búsqueda de causas es interminable. Pero uno podría inquirir dentro de sí mismo y descubrir si existe una causa fundamental. Tiene que existir, es

obvio. La raíz, la causa original es el 'yo', el 'mí', el 'ego', la personalidad generada por el pensamiento, por la memoria, por múltiples experiencias, por ciertas palabras, por ciertas cualidades que producen el sentimiento de separación y aislamiento; ésa es la causa original del desorden. Sin embargo, por mucho que el 'yo' trate de no ser el 'yo', eso sigue siendo el esfuerzo del 'yo'. El 'yo' pueda identificarse con la nación, pero esa misma identificación con lo más grande sigue siendo el 'yo' glorificada. Cada uno de nosotros hace eso de diferentes maneras. El 'yo' es producido por el pensamiento; ésa es la causa original de este desorden total en que vivimos. Habiendo vivido siempre en tal desorden, y habiéndonos acostumbrado tanto a él, lo aceptamos como algo natural. Pero cuando uno observa lo que causa el desorden, empieza a cuestionarlo, lo investiga y ve cuál es su raíz. Lo observa sin hacer nada al respecto; entonces esa observación misma comienza a disolver el centro que es la causa del desorden.

Inteligencia es la percepción de lo verdadero; esa percepción descarta lo falso; ve la verdad en lo falso y comprende que ninguna de las actividades del pensamiento es inteligencia. Ve que el pensamiento mismo es el producto del conocimiento, el cual es el resultado de la experiencia como memoria, y ve que la respuesta de la memoria es el pensamiento. El conocimiento es siempre limitado -eso es obvio- no existe el conocimiento perfecto. Por esto el pensamiento, con todas sus actividades y todo su conocimiento, no es inteligencia. De modo que uno se pregunta: ¿Qué lugar tiene el pensamiento en la vida, considerando que toda nuestra actividad se basa en el pensamiento? Cualquier cosa que hagamos tiene su base en el pensamiento. Todas las relaciones se basan en el pensamiento. Todas las invenciones, los logros tecnológicos, el comercio, las artes, todo responde a la actividad del pensamiento. ¿Qué lugar ocupan, entonces, el conocimiento y el pensamiento, con respecto al deterioro del ser humano?

El hombre ha acumulado conocimientos inmensos en el mundo de la ciencia, de la psicología, de la biología, de la matemática, etcétera. Y pensamos que nos elevaremos por medio del conocimiento, que por él nos liberaremos, nos transformaremos. Ahora nosotros estamos cuestionando el lugar que el conocimiento tiene en la vida. ¿Nos ha transformado el conocimiento, nos ha hecho buenos? -otra palabra fuera de moda. ¿Nos ha dado integridad? ¿Forma parte de la justicia? ¿Nos ha dado libertad? Nos ha dado libertad en el sentido de que podemos viajar, comunicarnos de un país a otro. Tenemos mejores sistemas de aprendizaje, así como también la computadora y la bomba atómica. Todas estas cosas son el resultado de la acumulación de vastos conocimientos. Volvemos a preguntarnos: ¿Nos ha dado libertad este conocimiento, nos ha dado una vida justa, una vida esencialmente buena?

Libertad, justicia y bondad; esas tres cualidades constituían uno de los problemas de las antiguas civilizaciones que lucharon por encontrar un sistema de vida que fuera justo. La palabra 'justo' quiera decir que uno tiene rectitud, que actúa con benevolencia, con generosidad, que no tiene tratos con el odio o el antagonismo. Llevar una clase de vida justa, recta, significa llevar una vida que no se amolda a un patrón ni a ciertos ideales extravagantes proyectados por el pensamiento; significa llevar una vida plena de afecto, una vida verdadera, precisa. Y en este mundo no hay justicia; uno es ingenioso, otro no lo es; uno tiene poder, otro no lo tiene; uno puede viajar por todo el mundo y conocer personas prominentes; otro vive en un pueblo pequeño, en una habitación estrecha y trabaja día tras día. ¿Dónde hay justicia ahí? ¿Puede la justicia encontrarse en las actividades exteriores? Uno puede llegar a ser primer ministro, presidente, director de una enorme corporación intercontinental; otro puede ser para siempre un oficinista en el más bajo nivel. ¿Buscamos, pues, la justicia externamente, tratando de crear un estado igualitario -por todo el mundo se intenta esto, en la creencia de que habrá de producir justicia- o la justicia habrá de encontrarse fuera de todo eso?

La justicia implica cierta condición de integridad, implica ser total, íntegro, no dividido, no fragmentado. Eso puede ocurrir únicamente cuando no hay comparación. Pero nosotros siempre estamos comparando -mejores automóviles, mejores casas, una posición mejor, un mayor poder y así sucesivamente. La comparación es medida. Donde hay medida, no puede haber justicia. Y no puede haber justicia donde hay imitación y conformidad. Siguiendo a alguien, escuchando meramente estas palabras, no vemos la belleza, la cualidad, la profundidad de estas cosas; podemos estar de acuerdo superficialmente, pero de hecho nos distanciamos de ellas. Las palabras, la comprensión de la profundidad que éstas contienen, debe dejar una huella, una semilla; porque la justicia tiene que estar ahí, dentro de nosotros.

Conversando una vez con un psicólogo muy conocido, quien les habla usó la palabra bondad. ¡El otro se horrorizó! Dijo: "Esa es una palabra anticuada, actualmente no la usamos". Pero a uno le agrada esa buena palabra. ¿Qué es, entonces, la bondad? No es el opuesto de lo malo. Si es el opuesto de lo malo, entonces la bondad tiene sus raíces en la maldad. Cualquier cosa que tenga un opuesto, por fuerza ha de tener sus raíces en ese opuesto. Por lo tanto, la bondad no está relacionada con lo otro, con eso que consideramos malo. Está totalmente divorciada de lo otro. Uno debe mirar la bondad tal como es, no como una reacción al opuesto.

Bondad significa un modo de vida recto, no en términos de religión o de moralidad o de un concepto ético acerca de la rectitud, sino en términos de un ser humano que ve lo que es verdadero y lo que es falso, y que sostiene en sí esa condición de sensibilidad que ve el hecho inmediatamente y actúa.

La palabra 'libertad' tiene implicaciones muy complejas. Cuando hay libertad, hay justicia, hay bondad. Se considera que la libertad es la posibilidad de elegir. Pensamos que somos libres porque podemos viajar al extranjero, o elegir nuestro trabajo, o hacer lo que nos plazca. Pero donde hay elección, ¿hay libertad? *¿Quién* es el que elige? ¿Y por qué tiene uno que elegir? Cuando psicológicamente hay libertad, cuando uno es muy claro en su capacidad de pensar objetivamente, de manera impersonal, muy precisa, no sentimental, entonces no hay necesidad de elegir. Cuando no hay confusión, la elección no existe.

¿Qué es, entonces, la libertad? La libertad no es el opuesto del condicionamiento; si lo fuera, sería meramente una especie de escape. La libertad no es un escape de nada. Un cerebro condicionado por el conocimiento, es siempre limitado, está viviendo siempre dentro del campo de la ignorancia, siempre con la maquinaria del pensamiento, de modo que no puede haber libertad. Todos vivimos con diversas clases de miedo -miedo al mañana, miedo a las cosas que nos sucedieron en muchos ayeres. Si buscamos liberarnos de ese miedo, entonces la libertad tiene una causa y no es libertad. Si pensamos en términos de causalidad y libertad, entonces esa libertad no es libertad en absoluto. La libertad implica no sólo un determinado aspecto de nuestra vida, sino que es libertad total, ilimitada; y esa libertad no tiene causa.

Ahora bien; habiendo establecido todo esto, consideremos la causa del dolor y averigüemos si esa causa puede terminar alguna vez. Todos hemos sufrido de una manera u otra, a causa de muertes, por falta de amor, o por haber amado a alguien sin que ese amor fuera correspondido. El dolor tiene muchas, muchas caras. Desde los tiempos más remotos, el hombre siempre ha intentado escapar del dolor; y después de milenios, todavía seguimos viviendo con el dolor. La humanidad ha derramado lágrimas inenarrables. Han habido guerras que han traído tantas agonías a los seres humanos, tan enorme ansiedad... y aparentemente ellos no han podido librarse de ese dolor. La siguiente no es una pregunta retórica, pero ¿es posible para un cerebro humano, para una mente humana, para un ser humano, verse totalmente libre de la ansiedad del dolor y de todo el tormento humano que lo acompaña?

Recorramos el mismo camino para descubrir si podemos, en nuestra vida cotidiana, poner fin a esta terrible carga que el hombre ha soportado desde tiempos inmemoriales. ¿Es posible dar con el cese del dolor? ¿Cómo abordan ustedes una pregunta semejante? ¿Qué reacción experimentan ante esa pregunta? ¿Cuál es el estado, la condición de la mente cuando se les formula una pregunta de esa clase? Mi hijo ha muerto, mi esposa se ha ido, tengo amigos que me han traicionado; he seguido con gran fe un ideal y, después de veinte años, ello ha resultado infructuoso. ¡El dolor contiene tan inmensa belleza y tanto padecimiento! ¿Cómo reacciona uno ante esa pregunta? ¿Dice: "Ni siquiera quiero considerar esa pregunta. He sufrido, sufrir es el destino del hombre, racionalizo el sufrimiento, lo acepto y sigo adelante"? Ésa es una manera de habérselas con el dolor. Pero no hemos resuelto el problema. O bien remitimos ese dolor a un símbolo y adoramos ese símbolo, como se hace en el cristianismo; o como han hecho los antiguos hindúes -es el destino de uno, el karma personal. O, como se hace en el mundo moderno, decimos que los responsables son nuestros padres, o la sociedad, o que los causantes de nuestro sufrimiento son alguna clase de genes que hemos heredado, y así sucesivamente.

Han habido miles de explicaciones. Pero las explicaciones no han resuelto la aflicción y la angustia del dolor. Por lo tanto, ¿cómo abordan ustedes esta pregunta? ¿Quieren mirarla cara a cara? ¿Prefieren hacerlo casualmente? ¿O se enfrentan a ella con azoramiento? ¿Cómo abordan desde cerca, desde muy cerca un problema semejante? ¿Es el sufrimiento diferente del observador que dice: "Yo sufro"? Cuando el observador dice, "yo sufro", se ha separado a sí mismo de ese sentimiento, de manera que no se ha aproximado a él en absoluto. No lo ha tocado. ¿Puede uno dejar de evitar el sufrimiento, de transmutarlo? ¿Puede no escapar del sufrimiento sino acercarse a él con la máxima proximidad posible? Eso significa, entonces, que uno es el sufrimiento. ¿No es así?

A causa del sufrimiento podemos haber inventado un ideal de libertad. Esa invención ha postergado el sufrimiento separándonos aún más de él; pero el hecho es que *somos* el sufrimiento. ¿Nos damos cuenta de lo que eso significa? No es que alguien ha causado nuestro sufrimiento, no es que nuestro hijo ha muerto y que, por eso, derramamos lágrimas. Podemos verter lágrimas por nuestro hijo, por nuestra esposa, pero ésa es una expresión externa de dolor o sufrimiento. Ese dolor es el resultado de nuestra dependencia con respecto a esa persona, de nuestro apego, es el resultado de aferrarnos a esa persona y sentir que sin ella estamos perdidos. Entonces, como de costumbre, tratamos de actuar sobre el síntoma, nunca vamos a la raíz misma de este gran problema que es el dolor. No estamos hablando acerca de los efectos exteriores del dolor -si se interesan en los efectos exteriores, pueden tomar una droga y tranquilizarse. Lo que intentamos, es descubrir por nosotros

mismos -no que alguien nos lo diga y entonces lo aceptemos- de descubrir realmente por nosotros mismos la raíz del dolor. ¿Es el tiempo el que causa dolor -el tiempo que el pensamiento ha inventado en el reino psicológico? ¿Comprenden mi pregunta?

Interlocutor: ¿Qué entiende usted por tiempo psicológico?

K: No me pregunte a mi qué es el tiempo psicológico. Formúlese esa pregunta a usted mismo. Tal vez quien le habla pueda sugerírselo poniéndolo en palabras, pero es su propia pregunta. Uno ha tenido un hijo, un hermano, una esposa, un padre. Se han muerto. Jamás podrán regresar. Se han borrado de la faz de la tierra. Por supuesto, uno puede inventar una creencia de que ellos están viviendo en otros planos. Pero uno los ha perdido; hay una fotografía sobre el piano o sobre la repisa de la chimenea. El recuerdo que uno tiene de ellos está en el tiempo psicológico. Uno recuerda cómo los ha querido, cómo ellos lo han querido a uno, la ayuda que significaban -nos ayudaban a encubrir la propia soledad. El recuerdo de ellos es un movimiento del tiempo. Ayer estaban ahí y hoy han desaparecido. O sea, que se ha formado un registro en el cerebro. Ese recuerdo es una grabación en la cinta del cerebro; y esa cinta se está reproduciendo todo el tiempo: cómo uno ha paseado con ellos por los bosques, los recuerdos sexuales, el compañerismo que había, el consuelo que uno derivaba de ellos. Todo eso ha desaparecido, y la cinta continúa funcionando. Esa cinta grabada es la memoria, y la memoria es tiempo.

Si esto le interesa, investíguelo profundamente. Uno ha vivido con su hermano o su hijo, ha tenido días dichosos con ellos, ha disfrutado junto a ellos de muchas cosas; pero ellos han muerto. Y el recuerdo de ellos permanece. Es ese recuerdo el que está causando dolor. Es por ese recuerdo que uno derrama lágrimas en su soledad. ¿Es entonces posible no registrar? Esta es una pregunta muy seria. Uno se deleitó con la salida del sol ayer en la mañana; era tan clara, se veía tan bella entre los árboles, proyectando sobre el césped una luz dorada con largas sombras... Fue una mañana agradable, encantadora, y eso se ha registrado. Entonces comienza la repetición. Uno ha registrado lo que ocurrió, lo que le causó deleite, y más tarde ese registro -como el registro de un fonógrafo o una grabadora de cinta- se repite. Esa es la esencia del tiempo psicológico. ¿Pero es posible no registrar en absoluto? Mirar la salida del sol *hoy*, concederle toda la atención, observar el movimiento de la luz dorada sobre el césped, con sus largas sombras... y no registrarlo, de modo que no quede de ello ningún recuerdo -eso se ha ido. Mirar con toda la atención y no registrar; la atención misma del mirar, niega cualquier acción de registrar.

¿Es el tiempo, entonces, la raíz del dolor? ¿Es el pensamiento la raíz del dolor? Por supuesto. Así, los recuerdos y el tiempo son el centro de nuestra vida, vivimos a base de ellos; y cuando ocurre algo que es drásticamente doloroso, volvemos a esos recuerdos y derramamos lágrimas. Deseamos que él o ella, a quienes hemos perdido, se hubieran encontrado aquí para gozar el sol cuando lo estábamos contemplando. Lo mismo sucede con todos nuestros recuerdos sexuales -formamos una imagen y pensamos en ella. Todo eso es memoria, pensamiento y tiempo. Si uno pregunta: ¿Cómo es posible que se detengan el tiempo psicológico y el pensamiento?, ésa es la pregunta equivocada. Cuando uno comprende la verdad de esto -no la verdad de otro, sino la propia observación de esa verdad, la propia claridad de percepción- ¿no termina eso con el dolor?

¿Es posible prestar una atención tan tremenda que nos permita vivir una vida sin registros psicológicos? El registrar se produce solamente donde hay inatención. Uno está acostumbrado a su hermano, su hijo o su esposa; sabe lo que dirán -¡han dicho con tanta frecuencia la misma cosa! Uno los conoce. Cuando afirma: “Los conozco”, es que está inatento. Cuando decimos: “Conozco a mi esposa”, es obvio que no la conocemos realmente, porque no es posible *conocer* una cosa viva. Es sólo una cosa muerta, el recuerdo, lo que conocemos.

Cuando nos damos cuenta de esto con gran atención, el dolor tiene un significado por completo diferente. No hay nada que aprender del dolor. Entonces sólo existe la terminación del dolor. Y cuando el dolor se termina, hay amor. ¿Cómo podemos amar a otro -*amar*, tener la cualidad de ese amor- cuando toda nuestra vida se basa en recuerdos, en esa imagen que uno ha colgado sobre la repisa de la chimenea o ha colocado sobre el piano? ¿Cómo podemos amar cuando estamos presos en una vasta estructura de recuerdos? El cese del dolor es el comienzo del amor.

¿Puedo repetir una historia? Un maestro religioso tenía algunos discípulos y acostumbraba hablar con ellos todas las mañanas acerca de la naturaleza de la bondad, de la belleza y del amor. Y una mañana, justamente cuando está por comenzar a hablar, un pájaro se posa en el antepecho de la ventana y empieza a cantar. Canta por un rato y desaparece. El maestro dice: “Por esta mañana, la plática ha terminado”.

4 de septiembre de 1982

ÍNDICE

Contraportadas

“La observación es como una llama -la llama de la atención- y con esa capacidad de observación, la herida psicológica, el sentimiento de que se nos lastima, el odio, todo eso se extingue, desaparece”.

-J. Krishnamurti

En su última colección de pláticas, seleccionadas de series ofrecidas durante 1981 y 1982 en la India, Inglaterra, Suiza y los Estados Unidos, J. Krishnamurti aplica el discernimiento y la compasión a los problemas psicológicos de la inseguridad y la ansiedad, tanto en el nivel personal como en el global. Demuestra que la única solución auténtica a estas perennes e intrincadas cuestiones, es el cultivo de la atención -la llave hacia la verdadera inteligencia, mediante la cual podemos discernir una pista a través del laberinto que implican las insensatas, confusas y a veces peligrosas respuestas (de hecho, no-respuestas) que surgen desde las falsas nociones acerca de lo que constituye la verdad.

Rechazando el pensar estrictamente sometido a la ley de causa-efecto, y el condicionamiento religioso, político y filosófico -nos dice Krishnamurti- seremos capaces de prestar completa atención al mundo tal como realmente es; al hacerlo así, podremos liberarnos de la obsesiva valoración de nosotros mismos, la cual constituye la raíz de múltiples temores psicológicos, de ansiedades, inseguridad, odio, dolor y violencia.

La llama de la atención nos ofrece un medio de ir más allá de las restrictivas modalidades de pensamiento, de los errores por los que el yo se relaciona con otros y con el mundo, y de la incondicional adhesión a las ideologías sociales y políticas que pueden destruir la tierra. Krishnamurti afirma que sólo la mente que se ha liberado, mediante la atención, de apegos, tradiciones y prejuicios, y de los conceptos y conclusiones que se le han impuesto, puede alcanzar la pura inteligencia; y la inteligencia -señala Krishnamurti- es la “seguridad absoluta”.

Nacido en el sur de la India y educado en Inglaterra, J. Krishnamurti ha consagrado su vida a recorrer el mundo ofreciendo pláticas públicas y dialogando en privado con la gente. Autor de numerosos libros, entre los que se cuentan *La Verdad y la Realidad, La Totalidad de la Vida, Diario I, y La Madeja del Pensamiento*, Krishnamurti es apreciado por muchos como un orador de excepcional claridad y entendimiento.